



La locura de querererte

Tú también perderás la cordura

Eva Gil Soriano



La locura de quererte



Eva Gil Soriano

La locura de quererte

©2020 Eva Gil Soriano

Imagen de portada: Jill Wellington en Pixabay

Imagen cupcake: Daviser en Pixabay

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

A todas las amantes
del chocolate y los dulces

Índice

- [1. El director](#)
- [2. La llegada](#)
- [3. La secretaria](#)
- [4. El viaje](#)
- [5. El regreso](#)
- [6. El baño](#)
- [7. La reunión](#)
- [8. Los cambios](#)
- [9. La excursión](#)
- [10. Los bombones](#)
- [11. La cita](#)
- [12. La discrepancia](#)
- [13. El incidente](#)
- [14. El rescate](#)
- [15. El masaje](#)
- [16. El amor](#)
- [17. La felicidad](#)
- [18. La orden](#)
- [19. La decepción](#)
- [20. La propuesta](#)
- [21. Las minimagdalenas](#)
- [22. El encuentro](#)

1. El director



Había recibido una llamada de la Junta Directiva de la cadena de hoteles donde trabajaba, para que se presentara frente a ellos lo antes posible. No tenía ni idea de cuál sería la urgencia, el hotel que dirigía en Madrid iba estupendamente, todas las temporadas hacían pleno y no habían recibido ni una sola queja en dos años. Puesto que no era la fecha de entrega del balance general, ¿qué podían querer? Quizá felicitarle por el buen trabajo que estaba haciendo. No era por ser vanidoso, pero cada hotel que dirigía lo lanzaba al estrellato y era por eso que en años anteriores había viajado tanto, pero en la capital estaba estabilizado y cómodo y les había pedido que no volvieran a trasladarlo, cosa que habían prometido hasta la fecha. Se había comprado un piso y estaba dispuesto a mantener allí su residencia permanente.

Llegó a la sala de juntas y entró sin tocar como hacía siempre que le esperaban. Nada más cruzar el umbral, vio la familiar mesa larga de nogal y a todos los socios directivos de la cadena esperándole. Aunque no estaba permitido fumar, el olor a tabaco inundaba la sala ya que muchos de ellos lo llevaban impregnado en la ropa.

Matías presidía la junta, tenía alrededor de cincuenta y cinco años, estaba divorciado por tres veces y ahora frecuentaba a otra chica veinte años más joven que él. Lo más seguro era que acabaría pidiéndole matrimonio y divorciándose por cuarta vez. Era algo que no entendía pues si le gustaba ir de flor en flor, ¿qué necesidad tenía de atarse? No obstante, admiraba a Matías porque fue el primer jefe que valoró de verdad su trabajo y confió en él hasta el punto de ascenderlo a director.

Avanzó y tomó el asiento que quedaba libre entre Alberto, el director financiero y Lucía, la directora comercial.

A Alberto lo conocía desde que entró a trabajar en el hotel, tenía cuarenta y tres años, estaba casado y a su edad ya estaba completamente calvo, hecho que culpaba a sus tres hijos.

Lucía había sido nombrada hacía poco tiempo, no sabía mucho de ella, solo que Matías confiaba plenamente en su experiencia ya que se la había robado a la cadena hotelera de la competencia. Era morena y siempre se recogía el pelo en una cola de caballo. Aparentaba unos treinta años pero no estaba seguro ya que las mujeres tenían el don de ocultar su edad bajo la belleza de una piel cuidada.

—Buenos días —saludó mirando a los nueve miembros de la junta que rodeaban la mesa.

—Buenos días, Antonio —correspondió Matías, el presidente de la cadena—, iremos al grano porque no tenemos tiempo para formalismos y hay confianza.

—Adelante.

Matías separó la espalda de la silla y entrelazó las manos sobre la mesa. Lo miró directamente a los ojos y comenzó a hablar:

—El hotel que tenemos en Los Ríos se quedó sin director, no nos apena demasiado porque no daba los beneficios necesarios. Sin embargo, la Junta Directiva ha llegado a una decisión unánime, que vayas para allá a dirigirlo tú, tenemos la esperanza de que puedas levantarlo del hoyo en el que está.

—Me prometisteis que no me volveríais a trasladar —contestó un tanto molesto. Al fin y al cabo no iban a felicitarlo.

—Es una emergencia, Antonio.

—Sí, pero me he comprado un piso hace poco y quería...

—Considéralo como un favor personal para nosotros —interrumpió Alberto.

La junta siempre había confiado en él, pensó Antonio. Ese era el motivo de que le quisieran en aquel sitio y no a cualquier otro. Sabía que era muy bueno en su trabajo y se sentía halagado por el reconocimiento que siempre le daban. Pasó la vista por cada uno de los directivos que le devolvían la mirada con expectación. ¿Qué podía hacer? Estaba contento con el trato y la libertad que le daban. No quería poner en peligro aquella confianza que habían depositado en él durante años. Así pues, no podía negarse a aquella petición, a pesar de su preferencia a quedarse en Madrid, tendría que aceptar ese trabajo.

—Está bien pero... ¿yo en un hotel rural? —dudó un poco más. La verdad es que no estaba muy convencido todavía. Su experiencia como director de hoteles se basaba siempre en grandes ciudades.

—Tenemos que felicitarte por tu magnífica dirección en cada lugar donde te enviamos y es por eso que hemos pensado en ti para Los Ríos —lo alabó Matías con astucia, conocía muy bien a Antonio y sabía que, cuánto más admirara su trabajo, más rendiría él.

—Muchas gracias, Matías, pero ¿sois conscientes de que no tengo experiencia en zonas rurales, que soy un hombre de ciudad?

—Considéralo como un reto —intervino Alberto de nuevo.

—Confiamos en ti —le dijo Lucía a lo que todos los directivos asintieron.

—Estoy seguro de que eres muy capaz. —Tomó la palabra el presidente—. Y nos harás un gran favor, es necesario que solucionemos los problemas de allá y que valores si habría que cerrarlo o no.

—¿Tan grave es? —preguntó preocupado, si aceptaba sería un gran reto y al parecer lo necesitaban con urgencia.

—Si no lo fuera, no te lo habríamos propuesto a ti. Sabía de tu deseo por quedarte en la capital.

—De acuerdo, lo haré —respondió con firmeza—. ¿De cuánto tiempo dispongo?

—Mínimo un año para saber cómo van las cosas. Después podrás volver y no te mandaremos a ningún lado más —prometió Matías.

Aunque esa última promesa ya la había oído antes, Antonio asintió con la cabeza. Nunca había estado en un hotel rural, pero al fin y al cabo, era un hotel y él era un experto en dirigirlos. No tenía por qué haber ningún problema.

2. La llegada



A las diez de la mañana llegaba a la estación de AVE de la ciudad más cercana a Los Ríos. El viaje había durado alrededor de una hora la cual se la había pasado trabajando desde su ordenador portátil o más bien intentando trabajar porque, justo detrás de él, había dos señoras que se pasaron todo el trayecto hablando sin parar y con una voz estridente que le hacía cerrar los ojos de tanto en tanto. Además, no había podido fumarse ni un pitillo, cosa que lo había puesto de peor humor.

Bajó del tren tocándose los oídos y cargando con una gran maleta. Llevaba el ordenador colgado de un hombro, se lo recolocó con la mano que tenía libre y caminó hacia la salida arrastrando el equipaje que pesaba como mil demonios. Se paró en el pequeño espacio que había entre la taquilla y la cafetería, miró a su alrededor en busca de alguien que hubiera venido a recogerle, pero no vio a nadie que le esperase. Todas las personas parecían saber a dónde ir menos él, que estaba completamente perdido. Y ahora ¿qué?, se dijo frustrado.

El hombro empezaba a cargársele por el peso y el cansancio del viaje estaba haciendo mella en él. Todavía le quedaba un largo recorrido hasta llegar a Los Ríos y nadie se había preocupado de su llegada.

Era lo que le faltaba para que su día resultara pésimo. Además, no estaba en ese lugar por voluntad propia, más bien le habían obligado a ir, a dirigir un hotelito rural durante un año, él que era un hombre cien por cien urbano. Había avisado a sus nuevos subordinados que llegaría por la mañana y ¿qué encontraba? Pues no encontraba nada, porque al parecer a nadie se le había ocurrido ir a buscarle.

Si les llamaba ahora por teléfono tardaría más que si se buscaba la vida. Así que, soltando un fuerte resoplido, decidió coger un taxi que le llevara al pueblo que se encontraba, a nada menos que a ochenta y tres kilómetros de distancia.

Con el humor bastante mermado, y sin haber conseguido fumarse un cigarrillo, consiguió llegar al hotel pasado el mediodía. Se acercó al recepcionista dispuesto a despedirlo, pues era allí donde había dejado el recado del día y la hora de su llegada.

—Buenos días, señor —dijo el hombre de unos treinta y cinco años vestido con el uniforme impoluto de la cadena de hoteles. Llevaba el pelo excesivamente engominado y repeinado para su gusto.

—Buenos días, Luis —saludó mirando su tarjeta identificativa—. Soy Antonio González, el nuevo director.

El hombre lejos de ponerse firme o nervioso contestó:

—Señor, no sabía que vendría hoy. Bienvenido a Los Ríos. —comentó alegremente.

—¿No? Llamé ayer pidiendo que alguien fuera a la estación del AVE a recogerme, pero no, usted no sabía que yo llegaba hoy —soltó con sarcasmo.

—¿A qué hora fue eso? Seguramente tomó el mensaje mi compañero del otro turno y olvidó decírmelo —le informó con toda tranquilidad.

—¿Dónde está el gerente? —preguntó al límite de su paciencia.

—En seguida la llamo.

Luis, descolgó el teléfono pasiva y sonriente, cosa que estaba poniendo de los nervios a Antonio. ¿Cómo era posible que aquel empleado estuviese tan tranquilo? Era la primera vez que le sucedía algo parecido.

—Hola Carmen, el nuevo director ya llegó y quiere verte. De acuerdo —colgó y alzó la mirada hacia Antonio—. Ya viene para acá.

—¿Sería posible que alguien sacara mi maleta del taxi?

—Claro, yo mismo.

Antonio lo vio salir de recepción y caminar alegremente a por sus cosas abandonando su puesto. Esto no podía ser real, estaba en un hotel de cinco estrellas y no tenía servicio de botones. Ahora entendía la urgencia con que sus jefes le habían enviado allí.

Luis entró cargando la enorme maleta y el bolso con el portátil. Antonio había decidido llevar lo más primordial y comprarse lo que fuera necesitando en el pueblo. Así evitaba ir demasiado cargado a los lugares, siempre actuaba de ese modo.

—¿Se la subo a la habitación? El anterior director vivía en una de las suites y no sé si usted tiene vivienda en Los Ríos.

—Por supuesto que me quedaré en la habitación, solo estaré aquí por un corto periodo de tiempo.

—¿No piensa quedarse?

—Solo vengo a solucionar unos problemas.

—Si aquí no hay problemas —soltó riendo—. Todo marcha estupendamente.

Antonio seguía sin entender a ese empleado que estaba dándole conversación como si estuviesen en el mercado. Nadie le había tratado con tan poco respeto en toda su carrera. Su fama, de director perfeccionista, hacía que todo el personal se pusiera alerta en su presencia, pero por lo visto este hombre no sabía de protocolo y por supuesto no le conocía en absoluto. Además, se atrevía a decir que no había problemas en el hotel. Menudo descarado estaba hecho, pensó con irritación.

Habían pasado apenas unos minutos cuando escuchó el saludo de una mujer a su espalda.

—Buenos días, Antonio.

Al girarse encontró a una mujer de unos cincuenta años, vestía de forma elegante aunque su peinado gritaba por una sesión urgente de peluquería. Tenía el pelo teñido de rubio y unos ojos marrones muy vivarachos. Solo un par de arrugas asomaban a su piel, que en apariencia estaba muy cuidada. Quizá era mayor de lo que aparentaba.

—Más bien, buenas tardes.

—No me avisaron que llegaba hoy. Bienvenido a Los Ríos.

—Ya —contestó secamente.

La mujer notó su mal humor de inmediato e imaginó el porqué. Trataría de calmar la situación, estaba segura que no sería para tanto.

—Entiendo que esté enfadado, ahora lo que debe hacer es ir a su habitación, tomarse un baño y relajarse, mañana le pondré al día de todo el funcionamiento del hotel.

—De eso nada, quiero acabar mi trabajo aquí antes de un año, si puede ser. Así que me pondré ya a trabajar. ¿Me indica dónde está mi oficina?

—Está bien, tranquilo. Sígame.

—Nada más entrar he descubierto alguna de las cosas que no andan bien, no quiero ni imaginar qué más veré, así que no sea condescendiente conmigo y me diga que me tranquilice.

La mujer lo dejó hablar sin decir una palabra, después pasó frente a él como si fuese un neurótico que no tenía razón en ninguna de sus quejas. Todos en ese hotel estaban locos, pensó Antonio intentando serenarse.

Entraron en el ascensor y fueron hasta la tercera planta, que además era la última.

—Su habitación está al fondo de este pasillo, es la número 301 y aquí enfrente está la oficina.

Carmen abrió la puerta y le mostró un pequeño cuarto con dos escritorios, el suyo y el de su secretaria. Le explicó que el hotel tenía muy repartido el espacio y esperaba que allí estuviera cómodo. También le comentó dónde guardaban los archivos y el modo en que ella los había organizado.

—Bien, Carmen, todo está muy claro. ¿Y mi secretaria? —Encima que tenía que compartir oficina con su secretaria, esta se tomaba la libertad de no acudir al trabajo. Debía ser de esas personas que cuando el gato no está, los ratones se ponen a jugar. Cómo odiaba a ese tipo de gente.

—Fue tan bonito... —respondió la gerente con los ojos chispeantes.

—¿De qué está hablando?

—Verá Antonio, el anterior director se fugó con la secretaria, fue tan romántico.

—¡Qué!

—Ay sí, la madre de ella no aprobaba la relación porque había rumores de que iban a despedir al director así que un buen día se fugaron —comentó mientras reía ilusionada pensando en la pareja de enamorados.

La mujer hablaba risueña como si aquello fuese una situación bonita y normal, pensó Antonio con desesperación. Decidió no hacer ningún comentario porque sospechaba que la gerente le contaría la historia completa que para nada le interesaba conocer. Debía de estar en un mal sueño. No, esto era mucho peor que un mal sueño, era una pesadilla como esas en las que aparece Freddy Krueger, solo que en lugar de ver el rostro deforme veía la sonrisa almibarada y empalagosa de esa mujer, no sabía qué daba más miedo, la verdad.

—Pues necesito una secretaria para mañana.

—Eso se lo soluciono yo, usted quédese tranquilo.

—Va a estar difícil que me quede tranquilo.

—Mire, le aconsejo que se serene, este es un pueblo bastante alejado de todo y la gente se suele tomar las cosas con calma. Sé y entiendo que viene de Madrid y allá todo es un corre-corre.

—Efectivamente, me ha comprendido así que cuando pido algo lo quiero para ya. —Al menos la gerente parecía eficiente—. Mañana a primera hora quiero una secretaria. Será mejor que me vaya a descansar, si es que puedo —masculló las últimas palabras.

—Muy bien, eso es lo que debe hacer, déjelo en mis manos.

Dio media vuelta y se marchó mostrándole esa sonrisa de pesadilla. ¿Dejarlo en sus manos? Realmente no le quedaba de otra que trabajar con esa gente, así que tendría que darles un voto de confianza.

En ese momento su estómago rugió y fue consciente de que no había comido nada desde las nueve de la mañana. Descolgó el teléfono y pidió algo al servicio de habitaciones con la esperanza de que este funcionara bien. Después se asomó a la ventana y se encendió el cigarrillo que tanto anhelaba.

Un rato después un par de golpes a la puerta anunciaban que llegaba su ansiada comida. Cual fue su sorpresa al encontrar parado antes su puerta a Luis, el recepcionista con el carrito de la comida.

—¿No hay nadie más que lo pueda traer?

—Los camareros están ocupados ahora y me pidieron el favor.

—Debería de haber alguien que se encargue de estas cosas, no puede dejar la recepción sola.

—Los clientes no suelen pedir servicio de habitaciones por eso no tenemos encargado.

—Dame eso —Antonio le arrebató el carrito a Luis y lo entró a la habitación—. Regresa a tu puesto y no te muevas de ahí.

—No se ponga así. ¿Y si tengo que ir al baño?

Antonio se echó las manos a la cabeza y decidió no contestarle. Estaba claro que no le sacaría punta a ese hombre. Estaba seguro que habría que pulir a todo el personal.

Destapó la comida y advirtió su buena presentación. Al probarla también estaba sabrosa, gracias a Dios pues no sabía que esperar. Al menos el cocinero se esmeraba.

3. La secretaria



Carmen se retorció las manos mientras paseaba de un lado a otro por la recepción. La nueva secretaria, que encontró en tiempo récord, no había llegado todavía y el director estaba hecho un basilisco desde primera hora de la mañana. Le había dicho que fuera puntual ya que su futuro jefe venía de la capital y era muy estricto.

—Luis vuélvela a llamar —le dijo al recepcionista.

—Si no contestó la primera vez, ni la segunda, no contestará la tercera. —Y rio a carcajadas.

—A saber dónde dejó el móvil.

La mujer suspiró y trató de armarse de paciencia, normalmente no la perdía pero Antonio González la ponía a prueba ya que no dejaba de gritarle cada dos por tres preguntando por su secretaria. ¿Acaso creía que por levantar la voz iba a aparecer por arte de magia?

Cansada, colocó los brazos en el mostrador y apoyó la cabeza en ellos. Fue entonces cuando escuchó las puertas abrirse y los pasos de alguien a su espalda. Rezó para que fuera ella o tendría que ir al otorrino.

Carmen levantó la cabeza y se giró. Al fin había aparecido, al fin estaba allí, al fin... Caminó hasta ella y puso las manos en sus hombros.

—María Rosa, ya era hora de que llegaras. El nuevo director está que se lo llevan los demonios.

—¿Y eso por qué?

—Pues porque tenías que haber estado aquí a las ocho y son las diez.

—Se me hizo un poco tarde, no es para tanto.

—Si lo conocieras, no dirías eso.

—Me entretuve, yo se lo explicaré.

—No sé si te escuchará.

—Qué exagerada eres.

—Anda, vamos.

La tomó de la mano como si fuera una niña pequeña y la llevó hasta el ascensor, subieron a la tercera planta y en cuanto se abrieron las puertas lo escucharon.

—¡Carmen! ¡Dónde demonios está mi secretaria!

—No hace falta gritar, está aquí mismo —contestó la gerente.

María Rosa sonrió con sinceridad y sin asustarse por los gritos de su futuro jefe, más bien le parecieron graciosos.

Entraron en la oficina y María Rosa se acercó al escritorio para presentarse ella misma.

—Hola, encantada de conocerle —lo saludó tendiéndole la mano de forma amistosa.

—¿Encantada? ¡Pues yo no estoy para nada encantado! —bramó rechazando su saludo—. ¿Qué horas son estas de llegar?

—A la muchacha se le hizo un poco tarde, es su primer día, no volverá a pasar —intervino Carmen—. ¿Verdad querida?

—Lo intentaré.

—¿Lo intentará? —repitió con cara de pocos amigos.

—Es mi sobrina, se llama María Rosa.

—¿Su sobrina? ¡Me trae a su sobrina! Apuesto a que no ha entrevistado a nadie más.

—Claro que no. Mi sobrina necesita trabajo, para que busque en la ciudad, que está muy lejos, ella vive aquí.

—¿Está bien, está bien! —Se pasó la mano por el pelo—. Espero que tenga suficiente experiencia.

—Por supuesto, soy una pastelera magnífica —afirmó María Rosa orgullosa de sí misma.

Esto no podía estar pasando, se dijo Antonio, era una broma, una cámara oculta. Esta situación no estaba sucediendo. Quizá estaba todavía dormido en la cama y Freddy Krueger aparecería en cualquier momento, sosteniendo un pastel con su guante de cuchillas.

—Carmen, si su sobrina es pastelera... ¡Qué demonios va a hacer en una oficina!

—No hace falta que grite, mi sobrina, en efecto es pastelera, pero también es una mujer muy inteligente que aprende rápido. Podrá hacer este trabajo. No tiene que preocuparse por nada.

—No, no debo preocuparme, debo estar tranquilo, debo relajarme... ¡Pero qué demonios le pasa a la gente de aquí!

—Ya está otra vez. Querida vas a necesitar paciencia y unos taponos, también —dijo Carmen resignada a su sobrina.

—¿Taponos? ¿Qué falta de respeto es este?

—Para nada le estoy faltando el respeto, solo le digo a mi sobrina que tenga paciencia con usted.

—¡Paciencia la mía! Vaya y búsqume a otra secretaria. Una que tenga titulación.

—Lo siento, pero tendría que ir hasta la ciudad y demoraría días o incluso semanas. Vamos Antonio, dele una oportunidad a María Rosa, necesita trabajar.

—¿Y por qué no se va a una pastelería?

—¡Ay!, usted no sabe lo que me pasó —comenzó a contarle la joven—. Yo trabajaba en la panadería del pueblo y mi jefe se fue dos semanas de vacaciones y a qué no adivina lo que pasó a su regreso. Nadie se lo esperaba.

—Sorpréndame —soltó resignado ya que estaba seguro que se lo contarían dijese él lo que dijera.

—Pues que volvió casado y con una china nada menos, esta se encargó de mi trabajo y me echó a la calle. ¿Qué le parece?

Pues le parecía que en aquel pueblo todos estaban para ingresarlos en un psiquiátrico. Desde el antiguo director del hotel hasta el panadero pasando por esas dos mujeres que tenía delante. Y no olvidemos al recepcionista.

—De acuerdo, puede quedarse, pero estará a prueba.

—¡Gracias! No se arrepentirá —gritó emocionada y se lanzó a sus brazos para darle un beso en la mejilla.

Antonio, que estaba de pie junto al escritorio, quedó paralizado. Aquella chica de curvas muy prominentes se había abalanzado sobre él. Pudo notar sus pechos aplastados contra su torso. Se vio obligado a colocar las manos en las caderas de ella para mantener el equilibrio y descubrió a una mujer con un cuerpo de infarto, lejos de esas modelos esqueléticas, su nueva secretaria estaba

muy bien dotada.

—Lo siento. —María Rosa se separó de él sin el menor signo de vergüenza a pesar de su disculpa.

—N...no pasa nada. —Antonio sacudió su cabeza para sacarse esas curvas de la mente y volvió a su porte adusto—. Pongámonos a trabajar.

Logró sobrevivir al primer día de oficina, Antonio tuvo que explicarle en qué consistía su trabajo y gracias a Dios, ella era lo suficientemente inteligente para captarlo. Además, manejaba el ordenador de maravilla. La única pega era que no supiese idiomas porque era algo imprescindible para trabajar en un hotel, ni siquiera chapurreaba el inglés. En cuanto se le acabara el contrato, tendría que deshacerse de ella y contratar a una secretaria debidamente cualificada, con titulación.

Al día siguiente llegó puntual, cosa que no se esperaba y agradeció enormemente. Al parecer se había tomado muy en serio todas sus instrucciones del día anterior. Mientras se tomaba el segundo café de la mañana, había estado pensando en que María Rosa era una aprendiz aventajada, no obstante y a su pesar, necesitaba a alguien que al menos supiese inglés.

—María Rosa, ¿puedo ver su contrato?

Ella levantó la vista del ordenador confundida.

—¿Qué contrato?

—El de trabajo que ha firmado.

—Ah, no firmé ningún contrato.

—¡Qué! No puede estar trabajando sin contrato.

—Es que mi tía me dijo que me necesitaba urgentemente y no me dio tiempo a ir por mis papeles.

Esta situación era ideal para deshacerse de ella. Todavía no había firmado nada, así que no tenía obligación de mantener a una pastelera como secretaria.

Clavó los ojos en ella durante unos interminables segundos. No aparentaba más de treinta años. Tenía el cabello de color miel con reflejos dorados, largo, rizado y alborotado. Su rostro, con forma de corazón, sostenía unos ojos color café que le sonreían inocentemente. Ella no tenía ni idea de lo que estaba pensando, cerró los párpados y suspiró resignado. No tuvo valor para despedirla en ese instante, además era cierto que necesitaba a una secretaria con urgencia, si María Rosa se marchaba, tardaría días en encontrar a otra. Al menos esta era de confianza o eso suponía por ser sobrina de la gerente.

Antonio se levantó de la silla y se llevó la mano hasta el bolsillo de su camisa.

—¡Maldición!

—¿Qué ocurre? —se interesó ella al ver el estado de nerviosismo en el que se hallaba su jefe.

—Necesito tabaco. ¿Sabe dónde está el estanco?

—Lo siento, pero en Los Ríos no hay estanco.

—¿Y una cafetería que tenga máquina?

—Tampoco hay —contestó negando con la cabeza.

—Menuda sorpresa —ironizó. ¿Era posible que algo le saliese bien en aquel lugar?

—Para comprar tabaco tendrá que ir hasta la ciudad.

—¡A ochenta kilómetros!

—Los Ríos es un pueblo muy pequeño, apenas llegamos a los cien habitantes y el estanco que había cerró. Después, se hizo una reunión en el ayuntamiento y dado que casi nadie fumaba y es

perjudicial para la salud, decidieron no traer máquinas de esas a los bares.

—Definitivamente este no es un pueblo normal.

—Claro que sí, al tener que ir tan lejos a comprarlo, algunos de los fumadores que vivían aquí lograron dejarlo. ¿No es fabuloso? —sonrió mostrándole sus perfectos dientes blancos.

—Sí, fabuloso —masculló.

—Quizá usted también lo consiga. Piénselo, sería un gran paso.

—Olvídelo, necesito tabaco o me convertiré en un ogro muy peligroso.

—Dios no lo quiera —sonrió con ganas pensando que si este era su lado amable, ¿cómo sería el malo?

—Bien, iré hasta la ciudad, mientras tanto podría preparar los papeles para su contrato. Me gustan las cosas legales y bien hechas.

—Para eso yo también tengo que ir a la ciudad y recoger unos papeles de la Seguridad Social que está en la casa que mis padres tienen allí. —María Rosa se tocó los labios pensativa—. Yo le llevaré, iremos juntos a la ciudad. Será un agradable paseo para conocernos mejor.

—No, gracias.

—¿Acaso tiene coche?

—No, estoy esperando que la cadena me envíe uno, llegará de un momento a otro. Mientras tanto puedo pedir un taxi.

—Aquí tampoco tenemos taxis.

—Claro que no hay, cómo he podido pensar que sí —comentó sarcástico e irritado.

—¿Para qué iba a necesitar un pueblo tan pequeño ese servicio?

—Para cuando una persona sin vehículo necesite desplazarse, por ejemplo —volvió a ironizar.

—Eso no es ningún problema, en Los Ríos siempre hay algún vecino que te puede acercar allá donde lo necesites.

Antonio se tapó la cara con las manos y pensó que tal vez pudiese pasar sin tabaco unos días. Movié un par de dedos y entre medio vio la sonrisa de su secretaria pastelera. No, imposible, necesitaba tabaco, pensó.

—Entonces no se hable más —soltó ella—. En un suspiro estaremos en la ciudad, hacemos nuestras cosas y regresamos. En cuestión de un par de horas estaremos de vuelta, quédese tranquilo.

Y dale con que esté tranquilo. Miró su reloj, eran las doce y no había fumado desde... ¡ayer! Necesitaba un pitillo ya mismo.

—Bien, ¿vamos?

Con una sonrisa radiante, su nueva secretaria salió de detrás de su escritorio y lo tomó del brazo como si lo conociera de toda la vida.

—Será como una excursión —rio encantada.

—Menuda excursión.

—No sea tan negativo, debería sonreír un poco.

—Cuando tenga motivos.

—Verá que cuando pase unos días con nosotros se le pasará esa cara de enfado.

—Ya quisiera yo.

4. El viaje



Antonio se abrochó el cinturón y trató de relajarse en el asiento delantero del todoterreno de su secretaria. Quizá ese trayecto hasta la ciudad le vendría bien para desconectar unas horas, había estado trabajando sin parar desde que llegó. Tenía la cabeza llena de cifras que no cuadraban por ningún lado. El anterior director había sido muy descuidado, un irresponsable, mejor dicho.

Apoyó la cabeza en el respaldo del asiento y la giró ligeramente hacia el exterior. Mientras observaba el paisaje por la ventanilla vio como María Rosa se pasaba la entrada a la autovía y seguía tan tranquila. Se incorporó de golpe para llamarle la atención, solo faltaba que se equivocara de camino y acabaran perdidos Dios sabía dónde.

—¡Se pasó la entrada! ¡Dé media vuelta!

—No grite, no me pasé nada, iremos por la nacional.

—Llegaríamos antes por la autovía. Para eso las construyeron, para ahorrar tiempo.

—Por allí la gente va a toda velocidad, desesperada por llegar a su destino y no disfrutan del placer de la conducción, del bonito paisaje... porque desde la autovía no se aprecia casi nada.

Había olvidado con quién iba montado, se dijo Antonio colocando sus dedos índice y pulgar en el puente de la nariz. La gente de Los Ríos era excesivamente pasiva, llevaban una vida de lo más lenta así que prefirió no contestar. Ya que hacía el favor de llevarle hasta la ciudad, tendría paciencia. Se dejaría llevar por el camino que ella quisiera siempre y cuando lograsen llegar a su destino.

Tardaron casi dos horas en arribar a la ciudad, podrían haber ahorrado la mitad de tiempo, pero ya no importaba. Al menos se la veía bastante desenvuelta al volante, quizá demasiado.

—Bien, aquí es —dijo mientras daba marcha atrás para estacionar el vehículo.

Antonio observó las franjas amarillas pintadas en la calzada y al alzar la vista vio el cartel, estaba aparcando en una zona de carga y descarga.

—No puede dejar el coche aquí.

—¿Por qué no?

—¿No ve el cartel? Carga y descarga, se lo puede llevar la grúa.

—No tardaremos nada y por esta zona no hay donde aparcar.

María Rosa salió del coche sin preocuparse lo más mínimo, él la siguió resignado y rezando para que a su regreso todavía tuviesen coche con el que volver al hotel. Por mucho que le dijese, esa mujer no le hacía el menor caso. ¿Sería consciente de que eran jefe y empleada? Seguro que no le daba la menor importancia. En toda su carrera había sentido tanta frustración. Le indicó dónde se hallaba una cafetería con máquina para tabaco mientras ella iba a recoger su cartilla.

En diez minutos Antonio ya estaba frente al coche esperándola. No se fiaba ni un pelo que no se lo llevase la grúa. Sacó un cigarrillo del paquete, lo encendió y se sintió aliviado de poder

sentir el humo en su garganta de nuevo. Ahora todo mejoraría.

Tras los primeros minutos de plantón, empezó a desesperarse y la cosa no fue a menos cuando su secretaria ya contaba hora y media de retraso. La iba a matar, sí, la mataría lenta y dolorosamente. Debió de pedirle el número de su móvil, no volvería a cometer ese error si salía con ella de nuevo, cosa que esperaba que no sucediera jamás. Esa mujer era un peligro para su cordura.

Con todo el trabajo que tenía que hacer y ahí estaba, perdiendo el tiempo junto a un coche mal aparcado. Su paciencia ya había llegado a su límite, aguantaría cinco minutos más y llamaría a un taxi que lo llevara de vuelta. Que ella regresase cuando le diese la gana pero a él ya no le tomaba más el pelo.

Cuando ya estaba con el teléfono en la mano dispuesto a llamar, la vio aparecer paseando con serenidad como si no estuviese esperándola nadie, como si no tuviese la menor prisa, como si no hiciese más de una hora que él estaba allí.

—¡Qué demonios estaba haciendo! —rugió desde el otro lado de la calzada.

Ella esperó con paciencia a cruzar y estar a su lado para contestarle pues no estaba dispuesta a hablar a gritos.

—Fui a por mi número de la Seguridad Social, después pasé a casa de mi hermano. Si se entera que vine a la ciudad y no fui a verle me mata.

—Y yo aquí como un estúpido esperándola.

—Tampoco tardé tanto.

—Hora y media ¿le parece poco?

—A mí no me parece tanto tiempo.

—¿A no? —dijo conteniendo las ganas de estrujarle la garganta.

—Ya estoy aquí esté tranquilo.

—¡No quiero estar tranquilo! ¡Suba al coche y marchémonos!

—Vale, ya voy, no hace falta ponerse así.

—Qué no hace falta... —murmuró.

Al fin se habían puesto en marcha y por una vez bendijo su destreza al volante. A pesar de que se saltó varias señales de tráfico, no le dijo nada, quería llegar al pueblo cuanto antes y si se saltaba algunas normas pues que así fuera. En otras circunstancias jamás lo habría hecho, pero esa mujer lo había llevado al límite, se sentía desesperado.

Ya habían salido de la ciudad y circulaban por la nacional a la estupenda velocidad de noventa y cinco kilómetros por hora.

Cerró los ojos y trató de no pensar en el rugido de sus tripas ni en la sequedad de su boca, al menos tenía el aire acondicionado puesto. En llegar al hotel se comería una vaca por lo menos y litros de agua. Después se permitió soñar con una cerveza muy fría. Al fin se tranquilizó pues no tardaría en realizar todos sus sueños.

—Vaya por Dios —soltó María Rosa de pronto.

Ante aquella frase, Antonio dio un respingo pues no auguraba nada bueno. La velocidad del vehículo comenzó a reducirse hasta el punto de quedarse parados en la cuneta.

—¿Qué pasó?

—Me lo temía.

—¿Sabe lo que le ocurre al coche?

—Sí.

—¿Y podremos solucionarlo?

—Claro, con un poco de gasolina estará arreglado.

—¿Cómo ha podido quedarse sin gasolina! —Antonio no daba crédito a todo lo que estaba viviendo en dos días, no podía imaginarse qué le ocurriría en un año. Estaba seguro de que no sobreviviría.

—Cogió la reserva cuando íbamos a la ciudad y yo pensé que aguantaría hasta la vuelta.

—¿Pensaba hacer más de 160 km con la reserva? Creí que era más lista.

—Tampoco me insulte. Yo no sé cuántos kilómetros aguanta la reserva. Me gusta que la gasolina me la ponga siempre Santi.

—¿Santi? ¿Acaso es su novio?

—No —rio recordando al anciano—. Tiene setenta y ocho años y no quiere jubilarse, ¿qué le parece?

—Me parece que debió ir a que Santi le pusiese gasolina antes de ir a la ciudad.

No iba a sobrevivir en aquel pueblo, pensó Antonio, por supuesto que no, moriría en aquella carretera, por la que no pasaba ni un alma ya que la autovía estaba al lado, por insolación o inanición.

—No pasa nada, caminaremos, hay una casa a pocos kilómetros.

—Mejor llamamos a una grúa —replicó sacando su móvil del bolsillo de la chaqueta.

Ella se echó a reír.

—Estamos en mitad de la nacional, ni siquiera hay casas por aquí. No encontrará cobertura hasta acercarnos al pueblo.

Efectivamente, María Rosa tenía razón, en la pantalla de su teléfono se podía leer «Sin señal». Apretó los dientes, se guardó el móvil sin hacer comentarios y comenzó a caminar delante de ella.

—No vaya tan rápido o se cansará demasiado pronto.

—¡Déjeme en paz! Desde que llegué nada ha salido bien.

—Eso no es culpa de nadie, estese tranquilo.

—¡Deje de decir que esté tranquilo o me pondrá más nervioso!

—¡Ay, ya me callo!

—Estupendo.

—Pero no corra tanto, hay que llevar un ritmo estable y acompasado para...

—¿No dijo que se iba a callar?

Visto que su jefe no entraría en razón, decidió guardar silencio. Aunque al parecer le había hecho caso y había bajado el ritmo de sus pasos. Algo es algo, pensó ella. Estos hombres de ciudad iban demasiado estresados y además eran un tanto esnobs.

El sol de julio caía de forma abrasadora sobre ellos. Antonio se sacó la chaqueta del traje porque se estaba asfixiando, pero ese no era el mayor de sus problemas, estaba muerto de sed y el agujero de su estómago amenazaba con tragarle. Había dicho que había una casa a pocos kilómetros ¿qué sería poco para ella?, se preguntó.

De pronto su vista comenzó a nublarse, parpadeó varias veces tratando de enfocarla y fue cuando sintió que se desvanecía, todo comenzó a dar vueltas para después volverse negro. Acababa de morir.

—¡Antonio! ¡Antonio! —exclamó María Rosa corriendo hacia él al ver que caía a tierra.

Tras unas palmaditas en la cara, el director comenzó a abrir los párpados lentamente, tuvo que colocarse la mano sobre los ojos para que el intenso sol no lo cegase.

—Antonio, ¿qué le pasó? Se desmayó.

—No me desmayé, me mareé.

—¿Y no es lo mismo?

—No.

María Rosa tenía sujeta la cabeza de él entre sus rodillas para que no diera contra el suelo. Le acarició el rostro con ternura y preocupación.

—Lo siento, quizá todo esto es mucho para un hombre como usted.

—¿A qué se refiere con un hombre como yo?

—A esto de ir caminando bajo el sol... y... eso.

—De nada sirve disculparse ahora.

—No debería llevar traje, hace mucho calor.

—Si juntamos eso a que no he comido desde las siete de la mañana, que son las cuatro de la tarde, que estamos a treinta y ocho grados, sin agua y que llevamos horas caminando creo que no es raro que me haya mareado.

—¿No ha comido nada? ¿Y eso por qué?

—¿Acaso usted sí? —preguntó agrandado los ojos.

—Pues claro —rio—, en casa de mi hermano cuando fui a verle.

Definitivamente la iba a matar. Se tapó la cara con ambas manos y trató de no gritar de impotencia.

—A ver Antonio, fue en una cafetería y dada la hora que era supuse que comería allí porque para volver a Los Ríos se iba a hacer muy tarde, era pura lógica.

—Fui por un paquete de tabaco y regresé al coche, pensé que usted iría por los documentos, haría lo mismo y no tardaríamos más de veinte minutos. Cómo iba a saber que se iría de visita y aceptaría invitaciones a comer.

—Vaya, lo siento, no se ponga nervioso y trate de sentarse.

Ella tomó la cabeza de Antonio en sus manos y la separó ligeramente de sus piernas, él sintió un fuerte dolor en la parte baja de la espalda, seguro que se había golpeado con alguna piedra al caer, pensó. Al menos su cabeza estaba bajo algo blandito y agradeció que su secretaria lo cuidase al menos.

Con esfuerzo se fue incorporando, María Rosa, lo tomó del brazo y consiguió que permaneciera sentado durante un rato hasta que se le pasase el mareo.

—¡Mire! Viene un coche. —Entusiasmada corrió hasta quedarse en mitad de la calzada y obligarle a parar.

—¡Está loca, quítese de ahí! —Dios mío, la iban a atropellar, pensó mientras rodó por la tierra y trató de levantarse, pero un nuevo mareo lo hizo caer.

Cuando el coche estuvo más cerca, María Rosa se apartó un poco y siguió haciendo señales para que se detuviese. El vehículo paró junto a ellos.

—¡Rosita! —saludó el conductor al tiempo que abría la puerta para bajar.

—¡Oh Juan! Qué alegría verte.

Se dieron un efusivo abrazo.

—¿Qué haces aquí? ¿El coche te dejó tirada?

—Adivinaste, me quedé sin gasolina. ¿Sería posible que fueras hasta la gasolinera y nos trajeras un bidón?

—No puedo Rosita, voy para la ciudad.

—Es urgente Juan, mi jefe se está muriendo —trató de convencerlo señalando a Antonio que todavía estaba sentado en el suelo.

—¿Ese es tu jefe?

—Sí, y lo tengo hambriento, sediento y acalorado. Hasta se desmayó, ¿te lo puedes creer?

—No me desmayé, me mareé —replicó Antonio a espaldas de ellos.

—Hacemos una cosa Rosita, no puedo ir a la gasolinera ahora, pero tengo un bidón en el maletero para emergencias.

—Eso es maravilloso. Gracias.

—Subid al coche que os llevo hasta el vuestro.

5. El regreso



Antonio, todavía mareado, se sentaba en el asiento delantero del todoterreno de su secretaria mientras Juan le echaba la gasolina.

—¿Por casualidad llevas agua? No quiero que se me desmaye otra vez.

—¡No me desmayé, me mareé! —se escuchó su bramido que provenía del interior del vehículo.

—Estos urbanitas se creen que cada dos pasos pueden conseguir cualquier cosa que necesiten y no salen preparados —le comentó Juan a ella mientras le daba una botella de agua mineral.

—Pues sí, tendrá que acostumbrarse. Gracias otra vez, te debo una.

—Me la cobraré. —Juan se despidió con la mano y se marchó.

María Rosa se subió a su todoterreno, le entregó el agua, lo puso en marcha y siguieron su camino.

—¿Lo ve? Todo tiene solución.

—Le agradecería que no hablara de mí con otras personas como si yo no estuviese presente.

—Lo siento, no dijimos nada malo.

Media hora después María Rosa paraba frente a una casa con fachada de piedra gris adornada con enredaderas. Un jardín con diferentes tipos de cactus decoraba la entrada. Grandes bancales de árboles frutales enmarcaban la casa de campo.

—Esto no es el hotel. —Apenas le quedaba voz para protestar.

—Claro que no, es la casa de mis padres.

—¿Y se puede saber por qué estamos aquí y no en el hotel?

—Como no comió por mi culpa pues le traje aquí, mi madre hace unas comidas caseras estupendas. Recuperará las fuerzas enseguida.

—No es necesario, Rosa el hotel tiene bufet.

—A esta hora ya habrá cerrado, además quiero compensarle con la mejor comida.

—Ahora mismo podría comer cualquier cosa en cualquier sitio.

—Déjese ayudar, Antonio.

Resignado, se dejó llevar por ella. Después de todo lo que le había pasado ya no podía ocurrirle nada peor.

Ella sonrió ampliamente mientras pasaba por delante de él.

—Y ahora qué hice.

—Nada, antes me llamó por mi segundo nombre, solo mis mejores amigos me llaman Rosa o Rosita.

—Pánico me da ser su amigo.

—Qué exagerado es usted.

—Después de todo lo que hemos vivido hoy, creo que ya podemos tutearnos.

—Como quieras, Tony.

—Antonio, por favor.

—Antonio es muy serio. Deja que te llame Tony.

—Por nada del mundo te voy a contestar si me llamas de ese modo. Y te recuerdo que todavía no firmaste ningún contrato con el hotel.

—Ay, ahora me estás amenazando.

—Vamos.

—Qué soso eres, solo bromeaba podrías sonreír de vez en cuando.

Antonio se limitó a no contestarle y dejar que abriera la puerta. No entendía a esa chica, jamás ningún empleado le había tratado de forma tan coloquial, en realidad nadie le había tratado nunca de esa forma, no estaba acostumbrado a que cuestionaran sus palabras y aquello lo estaba volviendo loco. ¿Sobreviviría a aquel día?

—Hola mamá, te traigo a alguien —anunció al aire.

De la cocina salió una mujer regordeta que sonreía abiertamente.

—Pensaba que no venías hasta las siete.

—Poco falta —refunfuñó Antonio por lo bajo ganándose una mirada reprobatoria de María Rosa.

—Te presento a mi jefe, Antonio.

—Oh, encantada de conocerle. Soy Estela y es un placer tenerle en mi casa. ¿Cómo se porta mi niña? Le garantizo que no tendrá ni una sola queja de ella.

Antonio supo a quién se parecía su secretaria. Prefirió no darle su opinión acerca del comportamiento de su hija o quizá no probaría esa comida casera que le prometió Rosa.

—Mamá, le tengo sin comer desde esta mañana, ¿te queda de esa comida tan rica que siempre haces?

—Por supuesto, hoy tocaba estofado de cordero. Se va a chupar los dedos. Hija, hazle pasar al comedor.

—Ven por aquí, Antonio. —Le llevó por el pasillo hasta el salón donde una enorme mesa decoraba un lateral—. Siéntate y descansa mientras mi madre te trae el estofado. Yo, mientras, voy a darme una ducha.

—Gracias. —La palabra le salió sin darse ni cuenta. Realmente le agradecía que quisiese darle de comer en su propia casa. Tampoco podía culparla de todo, solo de parte de lo ocurrido. A veces surgían imprevistos y las cosas no salían como uno las planeaba.

—Qué sorpresa, si conoces esa palabra.

—Ve a la ducha antes de que me arrepienta de haberla dicho.

Ella se marchó risueña porque sentía que había ganado algunos puntos con su jefe después del desastroso día que estaban teniendo.

Antonio se sintió un tanto incómodo los pocos minutos que esperó solo en el comedor. Los muebles eran rústicos y había un par de sillones de oreja de esos que de te duele la espalda con solo mirarlos. Había fotografías antiguas en las paredes, algunas incluso en blanco y negro. Una suave brisa le trajo un aroma a flores bastante agradable.

Estela apareció con una bandeja y un servicio completo, Antonio se levantó rápidamente para ayudar a la mujer.

No tardó en devorar el estofado, tenía que reconocer que estaba riquísimo, hacía mucho que no comía nada casero, precisamente desde que comenzó a trabajar como director de hoteles. Viajaba demasiado, trabajó en distintas ciudades y cuando iba a ver a sus padres siempre acababan en un

restaurante para no hacer cocinar a su madre.

Estaba bebiendo el último trago de la cerveza que le había sacado Estela cuando una voz, ya conocida para él, sonó a su espalda.

—¿Acabaste de comer? —preguntó ella caminando hacia él.

Antonio se giró y casi se atraganta con el último bocado. María Rosa, se había colocado un vestido de gasa en tono anaranjado, con tirantes increíblemente finos. Sus pechos amenazaban con saltar de su escote que se cerraba en su cintura y junto a sus anchas caderas marcaban su silueta de mujer. También podía apreciar sus piernas perfectamente formadas y nada esqueléticas. En realidad, ella no tenía nada esquelético, había de dónde agarrar. Sabía que su secretaria estaba bien dotada, pero ese vestido dejaba poco a la imaginación.

Su cabello húmedo y ensortijado caía en cascada sobre sus hombros. Labios jugosos le sonreían. Dios mío, tenía que alejar estos pensamientos sobre ella como fuera. Debió de ser el sol que había derretido su cerebro, pensó Antonio.

—Sí, sí, ya acabé.

—Pues te aconsejo que te duches, el director del hotel no puede llegar con esa facha, te perderán el respeto.

—¿Facha dices? —Ya se rompió el embrujo, pensó él.

—Así es, vas todo sudado, la ropa arrugada y sucia...

—Ya lo entendí pero no tengo nada para cambiarme. Y no creo que me pierdan el respeto porque no me lo tienen, en primer lugar.

—No digas eso y por la ropa no te preocupes, yo le pido a mi madre que te preste algo de mi padre.

—No creo que eso sea...

—Déjate ayudar, Antonio.

Suspiró y aceptó. ¿Es que siempre iba a perder la batalla contra esta mujer?

La siguió hasta el cuarto de baño tratando de apartar la mirada de su espectacular trasero que bamboleaba al ritmo de sus pasos.

—Aquí es, entra y ahora te traigo la ropa.

6. El baño



Antonio entró en el cuarto de baño, se quitó la camisa, la corbata ya hacía rato que la llevaba en el bolsillo de su pantalón, así que prosiguió por desabrocharse el cinturón y quedarse únicamente con los bóxers. Esperó unos minutos a que su secretaria le trajera la ropa pero estaba tardando demasiado. «Me voy duchando mientras y ya llegará», pensó mientras se quitaba la ropa interior. Abrió la mampara y levantó la manilla del grifo.

El agua templada caía a raudales por su cuerpo, se sintió vivo de nuevo. Otra cosa más que agradecerle a María Rosa, tenía que admitirlo, era una mujer de muchos recursos, no conocía la timidez y no vacilaba cuando tomaba una decisión, se la veía segura de sí misma. Le gustaba eso de ella, si no fuera porque lo sacaba de quicio y quería matarla cada diez minutos, no tendría ninguna objeción para tenerla a su lado, trabajando por supuesto.

Tras enjabonarse, abrió de nuevo el grifo, esta vez poniéndola un poco más fría y disfrutó del agua fresca recorriendo su piel. Empezaba a sentirse enérgico otra vez, no moriría después de todo, pensó sonriendo.

Poco después cerró el agua, tomó la toalla y comenzó a secarse el pelo, moteado por algunas canas que sus treinta y ocho años le había colocado. Después se la pasó por la cara mientras salía de la ducha.

—Aquí te traje... ¡Ay madre! —exclamó Rosa asombrada ante la visión de su jefe desnudo y con el agua resbalando por su cuerpo. Tenía un torso musculado y una piel morena y tersa. Su mirada no pudo apartarla de cierta zona masculina de su anatomía.

Antonio, al escucharla, apartó rápidamente la toalla de su cara para tapar sus partes íntimas.

—¡Estás loca! ¡Date la vuelta! —bramó al verla embobada y sin quitarle el ojo de encima.

—Tranquilo, no eres el primer hombre que veo desnudo. —Dejó la ropa sobre el lavabo y dándose la vuelta murmuró—: Pero sí el mejor dotado. —Y salió del cuarto de baño.

En verdad que esta chica no era normal, se sentía él más avergonzado que ella, ¿cómo era posible?, se preguntó. Además, ¿a cuántos hombres había visto desnudos?

Terminó de secarse y antes de vestirse vio unos calzoncillos limpios pero con demasiado rodaje para poder ponérselos con tranquilidad.

—Rosa —la llamó.

—¿Se puede? —preguntó ella desde el otro lado de la puerta.

—Todavía no. Quería preguntarte si sería posible que hubiera ropa interior sin usar.

—Lo siento mucho. Perdona, no me di cuenta —contestó—. ¡Mamá! Antonio no quiere ponerse los calzoncillos de papá porque están usados, ¿tendrás algunos sin estrenar?

—¡María Rosa! Es necesario que lo grites a los cuatro vientos, te habrán escuchado todos los vecinos. —Esa mujer lo sacaba de sus casillas.

—No te preocupes, Antonio. No tenemos vecinos cerca.

—De todos modos no hacía falta decirlo de esa manera —masculló.

A los pocos minutos, Rosa se asomó sonriendo, gracias a Dios se había colocado la toalla alrededor de la cintura porque esa chica no se cortaba ni un pelo, pensó Antonio. Alargó la mano sin llegar a entrar y le entregó una cajita.

—Aquí tienes, puedes ponértelos con toda tranquilidad.

—Ahora sí puedes entrar —dijo cogiendo la cajita.

—Mejor no. No sabía que los hombres de ciudad fueran tan tímidos. —Y le guiñó un ojo antes de desaparecer por la puerta.

De acuerdo, pensó él, tenía una sonrisa maravillosa, unos ojos coquetos y un cuerpo de escándalo pero aun así, la quería matar. Se burlaba de él a cada minuto, había imaginado, erróneamente, que la gente de pueblo era más antigua.

Se vistió con la ropa prestada y descubrió que la prenda interior le apretaba la entrepierna y la costura del pantalón le separaba ambas nalgas. Quizá no pudiese tener hijos después del día de hoy. Además, le estaban cortos y la camiseta se le ajustaba en demasía a las axilas, no obstante, iba limpio así que no se quejaría. Solo esperaba no tener que tropezarse con nadie y le viesen el aspecto desaliñado y chistoso que llevaba en ese momento. Si ya nadie le respetaba en el hotel, ahora lo harían menos y todo gracias a su secretaria pastelera.

En cuanto ella lo vio, se tapó la boca con ambas manos, no era muy disimulada que digamos, pensó él. Ignorándola por completo, se subió al coche.

—¿Nos vamos ya? —gruñó.

—Y ahora ¿por qué estás de mal humor?

—¿Hace falta preguntar?

—Bueno, has comido y bebido, te has refrescado con una buena ducha y llevas ropa limpia.

—Precisamente eso último y lo sabes muy bien, no te hagas la tonta.

Fue entonces cuando María Rosa rompió en carcajadas, toda la ropa le estaba demasiado pequeña y es que su padre medía un metro sesenta y seis y Antonio podía rondar el metro ochenta y pico.

—No es para tanto, solo estás un poco gracioso —dijo cuando al fin pudo parar de reír.

—Ni me hables, tú llevas ropa de tu talla.

—Está limpia y eso es lo que importa.

—¿Sería posible que nos fuésemos ya?

María Rosa arrancó el coche y se incorporó a la carretera en dirección al hotel, estaban a muy pocos kilómetros de Los Ríos y en cuestión de minutos se encontraban entrando al pueblo. Como el hotel estaba situado a las afueras, en el lado opuesto del que venían, tuvieron que cruzarlo por su calle principal. Aparcó en la acera de enfrente porque el parking estaba reservado para los clientes.

—¿Ves? Ya hemos llegado, no hacía falta gruñir tanto.

—Menos mal. —Miró su reloj y abrió los ojos como platos—. ¡Las ocho y cuarto de la tarde! ¡He perdido todo el día! ¡Maldita sea! —refunfuñó mientras cruzaba la carretera seguido de su secretaria.

—Tienes muy poco sentido de la aventura.

—¡Mejor, no me hables!

—Yo creo que, al fin y al cabo, ha sido divertido.

—He dicho que no hables.

En cuanto Luis lo vio entrar al hotel, no pudo contenerse la risa. Ignorando al recepcionista dio

varios pasos más y entonces fue Eustaquio, el de mantenimiento, que con una gran mopa en la mano, se tapaba la boca con la otra y apartaba la vista. Al menos no había clientes, así que fulminando a los dos empleados con la mirada, se dirigió al ascensor para ir su habitación y vestirse con algo decente.

7. La reunión



Ya habían pasado un par de semanas desde que Antonio llegara al hotel. Empezaba a habituarse al ritmo lento de sus empleados, no obstante, descubrió una gran cantidad de fallos, especialmente en la atención al cliente. Eran errores que no se podían consentir porque habían dado pie a varias reclamaciones. Aquello significaba clientes que no iban a volver y malas reseñas en redes sociales.

Salió de su habitación y caminó por el corredor hasta la oficina. Su «dulce» secretaria ya estaba allí. Era todo un alivio que se tomase la «molestia» de llegar a su hora.

—Buenos días, Rosa. Necesito que llames a tu tía y después me comunicas con el señor Matías.

—Buenos días para ti también. —Se acercó hasta su mesa y le ofreció una cestita repleta de mini magdalenas con virutas de chocolate—. Prueba una, Antonio, verás que te mejorará el humor.

—No creo, pero gracias —dijo rechazando la cestita.

—No seas agrio y coge una —insistió ella agarrando el dulce y colocándose sobre los papeles que estaba leyendo.

—No estoy de humor.

—Nunca estás de humor, anda cómetela, seguro que te cambia.

—No piensas parar hasta que me la coma ¿no?

Ella simplemente asintió con la cabeza mientras le regalaba una amplia sonrisa, de esas que siempre la acompañaban.

Antonio, le quitó el envoltorio inferior y de un solo bocado se la metió en la boca. Mientras la masticaba, las virutas de chocolate fueron fundiéndose en su boca. El sabor era espectacular, hacía mucho que no comía nada parecido, la bollería industrial no tenía nada que ver con aquella magdalena. Deseó alargar el brazo y coger otra de la cestita que Rosa todavía sostenía, pero su orgullo se lo impidió dejándole con las ganas.

—Ya me la comí, ¿me dejas trabajar?

—¿Te gustó? Las hice yo.

Ya imaginaba que las había hecho ella. Ahora estaba seguro que era una magnífica pastelera y como secretaria... bueno aprendía muy rápido, todavía no podía quejarse. Si tan solo supiese inglés.

—Sí, me gustó —refunfuñó—. Ahora ve a hacer las llamadas que te he pedido.

Rosa, cogió otra mini magdalena y se la dejó en la esquina del escritorio. Dio media vuelta y fue hasta su mesa.

Antonio frunció el ceño al ver aquel bocadito de pecado que le tentaba con su presencia tan próxima a él. Lo mejor era comérselo y listo, dejaría de verla.

Con la decisión tomada, tomó la magdalena, le quitó el envoltorio y la lanzó dentro de su boca.

Al instante, el amago de una risa llegó a sus oídos. Rosa se estaba riendo de él, levantó la vista para asesinarla con la mirada pero solo pudo ver otro bocadito de pecado y este no podía probarlo. Sacudió su cabeza y volvió a sus papeles.

María Rosa hizo lo que le pidió y llamó primero a su tía y después al señor Matías.

—Ya le tengo en línea —informó ella señalando el teléfono para que cogiera el auricular.

Antonio asintió levemente con la cabeza y descolgó.

—Señor Matías.

—Hola, Antonio ¿cómo va todo?

—Pues no demasiado bien.

—Eso ya lo sabía.

—Los números no salen por más que le doy vueltas. Habrá que desarrollar una buena estrategia si queremos mantener el hotel abierto.

—Tienes carta blanca para hacer lo que creas necesario. Sabes que confiamos en ti por completo.

—Gracias, señor.

—Mantenme informado.

—Lo haré. Que tenga una buena mañana.

—Igualmente.

Dudaba mucho que tuviera una buena mañana, claro que no se lo diría a su jefe. Le había dado autorización para hacer cuánto fuera necesario y lo haría.

Nada más despedirse y colgar el teléfono, Carmen hacía su aparición en la oficina.

—¿Me ha llamado?

—Sí, Carmen. Hay que hacer grandes cambios.

Carmen frunció el ceño y miró a su sobrina que alzaba los hombros en señal de «no sé nada».

—A la gente de aquí no le gustan los cambios —soltó la gerente.

—Me importa un comino lo que piense la gente de aquí, son necesarios.

—Usted manda.

El tono condescendiente de Carmen lo puso de los nervios. Estaba allí para realizar un trabajo y lo haría. Tanto su jefe como los socios habían confiado en él, tenía un año para levantar el hotel y nunca había fracasado como director. La gente loca de ese pueblo tendría que acatar sus órdenes.

—Quiero que reúnas a todo el personal. Escogeremos una hora en la que el hotel pueda funcionar con los servicios mínimos y haremos una reunión. Es de suma importancia que estén todos los empleados.

—La última hora es la más tranquila, la mayoría de los huéspedes ya se han retirado a descansar.

—Pues esa será. Cuando tengas a todo el mundo preparado, me mandas llamar. Ah y avise a los que no han tenido turno porque también es imprescindible que asistan.

Carmen asintió, después se acercó hasta su sobrina, esta le ofreció una mini magdalena con una sonrisa y un gesto de «ten paciencia».

—Gracias, mi cielo. —La cogió con una mano y después se inclinó para darle un beso en la frente antes de salir.

—Has asustado a mi tía —le recriminó a su jefe.

—No digas tonterías, es una adulta.

—Ahora pensaré que vas a despedir a parte del personal.

—Tal vez lo haga —contestó con tranquilidad mientras pulsaba los botones de su calculadora sin parar.

Ante aquellas palabras, dichas con total naturalidad, Rosa se puso en pie de un salto y lo encaró.

—¡No puedes hacer eso!

—Mi trabajo es hacer que este hotel funcione y haré lo que haga falta para lograr mi objetivo. Así es como yo trabajo.

—En este pueblo trabajamos de un modo muy diferente.

—No hace falta que lo jures —respondió sin levantar la vista del papeleo y siguió tecleando.

—Todas las familias de este pueblo tienen a alguien trabajando en el hotel o en tiendas de las que el hotel se abastece. Es un pueblo muy pequeño donde escasea el empleo, despedir personal sería una tragedia.

—No me contrataron para pensar en la gente sino en el hotel —contestó fríamente—. La cadena no es una fundación benéfica.

—¿Cómo has podido decir eso?

—Vivimos la realidad.

—No puedo creer que tengas tan poco corazón.

—Eres demasiado sentimental.

—Porque los conozco a casi todos.

—Hay que saber separar los negocios de las amistades.

—Creí que eras de otra manera...

—Entiendo lo que sientes, pero ahora debes entenderme tú a mí, mis jefes...

—No —lo cortó ella—. ¿Acaso has pensado en los jóvenes? Les obligarás a marcharse a la ciudad y el pueblo morirá, ¿quién querrá venir a tu hotel, entonces?

Mirado por ese lado... aunque estaba seguro que Rosa exageraba las cosas para que cambiase de opinión. No obstante, era un punto de vista a tener en cuenta, no sería bueno que el pueblo se quedase vacío.

Antonio dejó lo que estaba haciendo y miró los ojos encendidos de su secretaria barra pastelera. Después se le vino a la mente aquel pueblecito de casas de piedra grises de no más de dos plantas, las callejuelas con adoquines, la plaza principal con una fuente formada con ángeles y cántaros de agua. Era un pueblo muy pintoresco, atractivo a la vista, la verdad es que tenía mucho potencial que no estaba siendo explotado. Tal vez su estrategia pudiese enfocarla por ese lado.

La mitad de la población eran ancianos, era evidente que el hotel daba vida a aquellas gentes. Dio un fuerte resoplido y volvió a sus números.

Ella se cruzó de brazos frente a él pero al ver que seguía con su trabajo sin levantar la vista, regresó a su mesa totalmente frustrada. ¿Cómo podía hacer entender a Antonio cómo se vivía allí? ¿Cómo enseñarle lo bonito que era su pueblo y lo maravilloso que era vivir en él? Había visto en televisión cómo muchos pueblos del interior del país se quedaban sin gente y acababan como pueblos fantasma. Era muy triste y se negaba a dejar que le ocurriese a Los Ríos.

Rosa no le dirigió la palabra en todo el día, solo lo estrictamente necesario para continuar con su trabajo. Si Antonio decidía despedir a su gente, no lo iba a permitir, lucharía por el futuro de Los Ríos.

8. Los cambios



—Hola a todos, algunos ya me conocéis pero para los que todavía no, soy Antonio González, el nuevo director del hotel y la cadena me ha enviado aquí para hacer algunos cambios necesarios para la prosperidad del hotel.

—¡No nos gustan los cambios! —gritó alguien de entre los empleados.

—¡Estamos bien así! —bramó otro entre el murmullo que comenzó a resonar.

Esto era el colmo del descaro, pensó Antonio. ¿Cómo se atrevía esa gente a hablarle de ese modo? ¡Era el director del hotel! Y aún pretendía María Rosa que no despidiese a nadie. Bien pues atacaría con todos los argumentos que ponían la razón de su lado.

—¿Es eso lo que creéis? ¿Que todo marcha bien?

—¡Sí! —contestaron al unísono.

—Pues estáis muy equivocados. Los socios de la cadena piensan que hay problemas muy serios aquí, por ese motivo me han mandado. Si las cosas siguen así, es muy posible que acaben cerrando el hotel.

La indignación se apoderó de la sala y todos comenzaron a hablar a la vez mirándose los unos a los otros. Estaban confusos y un tanto asustados. Quizá ahora sí aceptarían esos cambios, pensó Antonio con aire triunfante.

Entre la algarabía una voz masculina sonó por encima de las demás.

—Está bien, si aceptamos ¿qué cambios serían esos? —preguntó Luis tratando de hablar en nombre de todos los empleados.

Al fin la sensatez llegaba a sus cabezas, sonrió el director. Sabía que ese último argumento tendría que convencerles si no eran idiotas, y no lo eran.

—Silencio, por favor. —Carmen trató que todos se callasen para escuchar a su jefe, después se dirigió a él y añadió—: Díganos lo que ha pensado.

—Estoy estudiando algunas estrategias para que hagamos pleno cada temporada. Y otras para atraer a los clientes en temporadas bajas. —Guardó silencio un momento para ver la reacción de los empleados. Al ver que le observaban con atención, prosiguió—. Pero para alcanzar mis metas necesito de toda vuestra colaboración.

—¿Va a haber despidos? —exclamó alguien.

—Si cada uno hace su trabajo como es debido, no será necesario tomar medidas tan drásticas. —Se giró hacia Carmen—. Tome nota de todo lo que se diga.

—Ya lo estoy haciendo —respondió al tiempo que le enseñaba un bloc.

—Quiero a dos empleados en la puerta del hotel, en dos turnos, para ayudar a los huéspedes a subir y bajar las maletas de los vehículos. También quiero otras dos personas en recepción, para hacer dos turnos y no dejarla sin vigilancia bajo ningún concepto. Si viéramos que para las horas puntas hiciera falta otra persona, contrataríamos a alguien de apoyo.

Luis hizo una mueca al descubrir que uno de esos cambios estaría en recepción y que no podría actuar como lo había hecho hasta ahora. No estaba seguro de cómo afectaría a la comodidad de su puesto de trabajo, pero decidió no hacer ningún comentario. Lo más importante era que nadie fuera despedido.

—Además —añadió—, no estará permitido tutear a los huéspedes, se les hablará de usted, con respeto, cortesía y una amplia sonrisa.

—Hay clientes que joden mucho —protestó Luis sin poder permanecer callado más tiempo.

—Pues te aguantas y sonrías. Si el cliente tiene algún problema se lo solucionas y punto.

—¿Y si no tienen razón?

—Con la mayor cortesía, se le explica la situación para que la entienda. En casos extremos se puede llamar a la gerente.

Los susurros y murmullos regresaron a la sala.

—Vamos a cambiar el bufet —soltó de pronto cambiando de tema.

—¿Qué? —alzó la voz el Luciano, el cocinero.

—¿Tiene título de chef?

—Yo... eh...

—Entonces no opine. Se harán comidas típicas de la zona pero también se ofrecerán alternativas para veganos y celíacos. ¿Se ve capacitado? —lo retó con esa última palabra.

—Por supuesto —contestó orgulloso de su trabajo.

—También deberemos ofrecer otras actividades además del senderismo —prosiguió Antonio.

—¿Qué actividades? —preguntó alguien.

—Ya lo iremos pensando, se aceptan sugerencias ya que todos ustedes conocen la zona más que yo.

Antonio siguió dando sus instrucciones, a camareras de planta, mantenimiento... Mientras tanto María Rosa sonreía escuchándole. Era un hombre muy inteligente que había conseguido que los empleados entendiesen la urgencia de hacer aquellos cambios, a pesar de que algunas cosas no les habían gustado. Y al parecer no iba a despedir a nadie. De pronto, se sintió orgullosa de su jefe y orgullosa de trabajar a su lado.

Se fijó en su rostro, cuando algún comentario le sorprendía levantaba la ceja izquierda, cuando aceptaban sus palabras sonreía de medio lado. Cuando estaba enfrascado en una explicación fruncía el ceño... Tenía unos ojos pardos muy seductores y el pelo un tanto revuelto para ser director, quizá era la moda en Madrid. Antonio era una buena persona al fin y al cabo y por primera vez le vio un atractivo especial que nada tenía que ver con el físico.

Carmen notó cómo su sobrina miraba embelesada a su jefe y negó con la cabeza. Aquello no era buena idea, ese hombre era todo lo contrario a su Rosita.

9. La excursión



Antonio se cruzó una bandolera negra que le había facilitado Manuel, el guía de senderismo. Quería hacer una de las rutas para saber si se le podía sacar más partido a esas salidas. Nada como hacer de cliente para ver tanto los fallos como las cosas buenas de la actividad que ofrecía el hotel.

Desde que les había dado la charla unos días atrás, los empleados habían acordado ayudarle a mejorar el servicio y así conseguir más huéspedes y que el hotel no tuviese que cerrar.

—Será mejor que te lleves esto —le dijo María Rosa ofreciéndole unas manzanas y agua fresca—. Hice esa ruta con unas amigas y en esta época del año es dura.

—Gracias, Rosa —contestó sin más y se lo guardó en la bandolera.

—¿Seguro que no quieres que te acompañe? —preguntó indecisa de dejarlo marchar. A pesar de ser un hombre adulto, era de ciudad y le preocupaba que le pasara algo. Todavía no podía quitarse de la cabeza la vez que cayó desmayado sobre sus rodillas.

—Podré solo, no soy un niño, no hace falta que te preocupes —contestó irritado por su poca confianza en él.

—La última vez que caminaste...

—Ni me lo recuerdes, pero esta vez irá bien porque no vienes tú.

—Vale, aquello no fue muy bien, ¿todavía me guardas rencor? —Antonio la miró levantando las dos cejas como respuesta—. Deberías de haberte puesto ropa más cómoda —sugirió ella no queriendo volver al tema anterior.

Rosa le estaba dando un repaso a su indumentaria. Llevaba unos vaqueros, una camisa de manga corta y unos zapatos, no le pareció la mejor indumentaria para hacer senderismo por la montaña.

—No tenía otra cosa, pero lo que llevo es muy cómodo.

—¿Vaqueros?

—Son Pepe Jeans, una tela muy blanda y suave.

—¿Zapatos?

—Son unos Martinelli de piel, muy blandos también y ligeros.

—Una pena —musitó ella.

Manuel se tapaba la boca intentando contener la risa. ¿Llegaría su jefe a hacer los diez kilómetros de ruta?

—Podríamos haberte prestado unos deportivos y pantalones cortos —intervino Luis desde recepción sin poder aguantar al ver la escena frente a sus ojos.

Antonio asesinó a Luis con la mirada y abandonó el hotel tras el guía. Tenía pensado conocer cada rincón y cada actividad que allí se realizase y ningún empleado engreído lo iba a detener. Que fuese de ciudad no significaba que no estuviese en forma, cuando estaba en la capital asistía

al gimnasio y hacía máquinas. No siempre era constante porque el trabajo se lo impedía, pero estaba seguro de estar fuerte.

Luis salió de recepción y se asomó por la puerta para ver cómo el director se alejaba calle abajo. Regresó a la carrera a su puesto y gritó:

—Apuesto cincuenta euros a que lo tienen que rescatar en helicóptero.

—Yo apuesto a que acaba en el hospital —aventuró Eustaquio con la fregona en la mano, le había visto salir cuando ya acababa su turno en mantenimiento.

—¡Eh! No seáis tan malos —protestó María Rosa.

—Rosita, ¿no has visto la pinta que llevaba? —se defendió Luis.

—Pero lo que habéis dicho es pasarse, yo apuesto a que solo regresa magullado.

—Trato hecho. —Los tres cerraron la apuesta con un apretón de manos.

Cinco horas después, Antonio cruzaba la puerta del hotel con pasos vacilantes e inseguros. Estaba cubierto de barro desde los pies hasta la cabeza. Llevaba la camisa por fuera y le faltaban varios botones de la parte superior. El vaquero estaba rasgado por la zona de la entrepierna y además cojeaba ligeramente.

Luis abrió los ojos desmesuradamente, descolgó el teléfono y llamó sin perder un segundo.

—Rosita, baja de inmediato. ¡Tienes que ver esto! ¡Corre!

Antonio apretó la mandíbula al escucharlo, por un momento había pensado que, en su afán preocupado, llamaría a un médico, pero no. ¿Acaso aquella gente hacía algo más que no fuera burlarse de él?

Ya caminaba hacia los ascensores cuando Rosa llegó, al verle se paró en seco dibujando una «O» en su boca.

—¿Qué es lo que te ha pasado?

—Ahora no.

—¿Quieres que llame al médico?

Al menos alguien se preocupaba por él, por lo menos contaba con el apoyo de su secretaria.

—No hace falta, estoy bien.

—Creo que lo que necesitas es un buen baño.

Tras decir aquello, Rosa pasó al lado de su jefe y se acercó a recepción a hablar con Luis.

—Llama a Eustaquio, me debéis cincuenta euros cada uno —soltó entusiasmada—. Ya os dije que os habíais pasado, que solo serían unas magulladuras.

—Es verdad, nos entusiasmos un poco —contestó sonriendo—. Ha sido divertido.

Al escuchar aquellos comentarios, Antonio supo que estaban hablando de él y se indignó al descubrir lo que habían hecho. ¿Cómo se habían atrevido? Y su secretaria también, para una vez que pensaba elogiarla. No había derecho a que lo trataran de esa forma.

En cuanto Rosa volvió a pasar por su lado para volver a la oficina, la tomó del brazo con brusquedad.

—¿Habíais hecho apuestas?

—Y yo he ganado ¿te lo puedes creer?

—¿Has apostado contra mí?

—Claro que no, yo iba a tu favor, debiste oír lo que ellos habían dicho. Pero con la pinta que llevabas ¿qué esperabas? Yo era la única que pensaba que llegarías de una pieza.

Antonio la soltó y, bajo la mirada curiosa de algunos huéspedes, continuó su camino hacia el ascensor.

—¿Necesitas ayuda? —se ofreció ella yendo tras él. A pesar de lo gruñón, le daba un poco de pena.

—Ya te dije que estoy bien.

—¿Seguro?

—Sí.

Rosa entró en el ascensor con Antonio, se colocó a su lado y volvió a mirar su ropa rasgada y embarrada.

—¿Qué fue lo que te pasó?

Las puertas se abrieron y Antonio salió con Rosa pegada a él. Dio un fuerte resoplido, esa mujer no lo dejaría en paz hasta que se lo contase. Era un pueblo de cotillas, en cuanto abriese la boca todos los vecinos se enterarían. Pero ya puestos, no le importó, seguramente Manuel lo contaría de todos modos.

—La marcha iba bien —comenzó su explicación—, cansado pero bien. Ya estábamos de regreso cuando unas ampollas hicieron su aparición en mis pies y apenas podía caminar. Los pantalones se me habían pegado a las piernas por culpa del sudor y cada paso que daba se convertía en una proeza.

»Cuando llegamos a la altura del viejo molino, resbalé y caí por un margen a una zanja con medio metro de barro. Intentando subir rasgué los pantalones, Manuel me agarró de la camisa tratando de ayudarme pero le hizo saltar los botones. Y aquí me tienes —dijo esto último alzando las manos en forma de cruz, ofreciendo su cuerpo para que pudiese verle bien.

Rosa no pudo hacer otra cosa que romper en carcajadas. Antonio la ignoró y se dirigió hacia la suite dejando un rastro de barro tras de sí.

A pesar de la negativa del director, ella lo siguió. Le había hecho mucha gracia verle así, sin embargo, la realidad era que ese hombre lo estaba pasando mal y los remordimientos por haber ganado una apuesta a su costa, hicieron que quisiese ayudarle como fuese.

—Qué preciosidad —comentó ella al ver la habitación por dentro. Era enorme, quizá como tres habitaciones normales juntas.

—Me daré una ducha. Puedes volver a la oficina o a lo que fuera que estuvieses haciendo.

—Estaba trabajando.

—Eso es lo que tú dices, pero a lo mejor estabas haciendo más apuestas o haciendo magdalenas.

Ella no quiso contestar a esa perorata, entendía que necesitaba desahogarse y bueno... lo de la apuesta había sido divertido para ellos pero no para un hombre serio, responsable y de ciudad como él.

Cuando fue a quitarse la camisa hizo una mueca de dolor que no pasó desapercibida por Rosa.

—Deja que te ayude —se ofreció cogiendo la prenda sin esperar una respuesta por su parte, tiró de ella y al tiempo Antonio hizo otra mueca—. ¿Te duele mucho?

—Solo un poco.

—Mi tía tiene un bálsamo milagroso, mientras te quitas el barro iré a su casa a traerlo.

—No te molestes.

—No es molestia, está aquí al lado —respondió con su sonrisa casi permanente.

Antonio agradeció en silencio la preocupación de María Rosa aunque era consciente que había abandonado su puesto de trabajo, cosa que pidió a todos los empleados que no hicieran. También ignoró que «aquí al lado» podía significar a veinte kilómetros, según Rosa. En fin... la perdonaría por dos motivos: primero que no tenía ganas de discutir y segundo que lo estaba haciendo para

atenderle a él porque estaba preocupada.

Permaneció bajo el agua al menos veinte minutos, al quitarse la suciedad y el sudor se sintió renacer. Sus músculos se relajaron y hasta el dolor del pie y de su hombro menguaron.

Al salir, se secó con el albornoz blanco y bordado con el logotipo del hotel, salió del cuarto de baño y se vistió con unos vaqueros y una camiseta de manga corta. La ropa que se quitó la tiró directamente a la basura. Después, miró con pesar sus Martinelli, quizá tuviesen arreglo si le aplicaba una buena cera.

Escuchó llamar a la puerta y con los zapatos todavía en la mano fue a abrir.

—Umm, qué bien hueles, jefe —dijo ella de forma descarada.

—Pasa —contestó resignado pues no podía tomar nada en serio de esa mujer.

—Te traje el bálsamo, te vendrá genial para el hombro y el pie.

—Déjalo por ahí, luego me lo pondré. Gracias.

—Hombres... —murmuró quitando la tapa al medicamento—. Apuesto a que no pensabas ponértelo, al menos ahora.

—Con la suerte que tienes, mejor no apostar contigo.

—En realidad no fue suerte, sino un hecho lógico. —Rosa puso sus manos en jarra y lo miró como una madre regañando a su hijo—. Ahora, quítate la camiseta, te lo pondré yo misma.

—La ducha me alivió bastante, apenas tengo nada.

—Vamos —insistió.

—No hace falta que te molestes, ya te he dicho que...

—No seas niño.

Antonio resopló, esa mujer no se rendiría nunca. Así que no tuvo más remedio que obedecer a su terca secretaria, quizá en cuanto acabara lo dejara descansar en paz.

—¡Vaya! Por la zona del omóplato está bastante amoratado.

—Lo suponía, es donde más me duele. Debí darme en ese lado cuando caí a la zanja.

Rosa le indicó que se sentara en una silla que había junto a la mesa. Después, puso una buena cantidad de bálsamo en una mano, luego se las frotó ligeramente y comenzó a masajearle el hombro y toda la zona dolorida.

Tenía una piel algo pálida por falta de sol y suave, se notaba que era un hombre que se cuidaba. No era muy musculado pero tampoco estaba nada mal. De pronto, sintió como un calor subió hasta su rostro y le hizo arder las mejillas. ¿Qué le ocurría? ¿A qué venía sonrojarse?, se preguntó. Ella nunca había sido tímida con sus amigos.

—¡Ya es suficiente! —soltó Antonio de forma brusca.

Al notar la aspereza de sus palabras, Rosa cesó sus masajes. El director se puso en pie y se volvió a colocar la camiseta. Ella no entendía nada. ¿Le habría hecho daño? Quizá había presionado demasiado en la zona dolorida.

—Lo siento, no quería...

—No pasa nada —la cortó él con la misma acritud—. Puedes marcharte, tengo cosas que hacer.

María Rosa apretó los labios sin entender su cambio de actitud. Colocó la tapa al bálsamo y lo dejó sobre la mesa.

—Póntelo en el pie y repite esta noche y mañana, verás que te sentirás mucho mejor. —Sin esperar respuesta, salió de la habitación a toda prisa.

Antonio se sintió como un miserable, sabía que había sido muy rudo y desagradecido con ella pero ¿qué podía hacer?

Su entrepierna había cobrado vida con el primer roce de sus manos, demasiado rato había aguantado aquella tortura. Necesitaba que se fuera antes de que olvidara quién era y la tumbase sobre el suelo, si era preciso, para hacerle el amor.

Tenía sentimientos totalmente contradictorios, por un lado quería matarla por atreverse a apostar contra él y por otro le encantaba esa forma de ser tan vital, sin prejuicios y por supuesto que estuviese pendiente de él. Hacía mucho que nadie se preocupaba como lo hacía su secretaria. Si su memoria no fallaba, desde que se marchó de casa hacia la universidad.

No podía dejar de pensar que el anterior director se había fugado con su secretaria, en un principio le pareció un disparate pero ahora hasta podía comprenderle. ¿Estaría el hotel maldito y los directores estaban destinados a acabar con sus secretarías? No, aquel pensamiento era una estupidez, eso no iba a ocurrir porque él era su jefe y como tal debía ser responsable de... las palabras se le fueron de la mente al recordar las curvas de Rosa. Claro que antes que jefe era hombre. ¡Maldita fuera!

Antonio se dirigió hacia el baño y se lavó la cara con agua fría, tenía que despejar su mente, no dejaba de pensar en tonterías y debía levantar un hotel, esa era su prioridad y no tener una aventura romántica.

10. Los bombones



Rosa no había podido pegar ojo en toda la noche. No podía dejar de pensar en el nuevo director. Lo había intentado, Dios sabía que lo había intentado, pero no lograba comprenderle. ¿Tan diferentes eran las costumbres de una gran ciudad a un pueblo pequeño? Últimamente se habían llevado bastante bien, hasta le había visto sonreír en una ocasión. ¿Era posible que siguiese enfadado por haber hecho la apuesta? Cuando empezó a masajearle el hombro no lo parecía, pero quizá solo había sido una impresión suya.

Se levantó a las seis de la mañana cansada de dar vueltas en la cama, se colocó una bata porque había entrado septiembre y refrescaba un poco y fue hasta la cocina. Abrió el armario, sacó una tableta de chocolate para fundir y el dulce de leche; después fue hasta el armario de abajo, donde guardaba los cacharros, y sacó un molde para bombones. Una vez listos los ingredientes, fue hasta la cocina y encendió el fuego.

Necesitaba cocinar para calmar los nervios, adoraba la repostería y la relajaba en estos casos.

Dos horas después, los deliciosos bombones de chocolate estaban en su punto, cogió el Tupperware que tenía preparado y colocó dentro todos los que cupieron. Los restantes los dejó en una bandeja de acero inoxidable para que sus padres los probasen.

—Buenos días, cariño —saludó Pepe al entrar.

—Hola, papá. —Tomó la bandeja y se la ofreció—. Prueba uno.

—No has dormido bien esta noche ¿eh? —adivinó mientras cogía un bombón. Conocía perfectamente a su hija y cocinar a horas tan tempranas solo significaba que había dormido mal. Los motivos, podían ser muy diversos, desde problemas con el trabajo, de amores o simplemente amistosos. Apostaba a que esta vez podría ser por el nuevo director del hotel. Había oído, por boca de su mujer, que era muy estricto.

—Regular —contestó sin darle mucha importancia.

—Llegarás tarde al hotel. —Dio un bocado al dulce y lo saboreó tranquilamente—. Riquísimo, como siempre, Rosita.

—Gracias, papá. Ahora sí me voy o me caerá una bronca y ayer ya me echó una.

Lo que imaginaba, pensó su padre, el malestar de su hija se debía a ese hombre. Solo esperaba que ese trabajo no la pusiese triste. Rosa era muy alegre, dulce y cariñosa y no deseaba verla apagada, quizá porque era su padre, si no cambiaban las cosas le pediría que dejase el trabajo. No era como esos padres que echaban a sus hijos de casa al cumplir cierta edad, él estaba encantado de tener a su niña bajo el mismo techo.

—Ese jefe es muy severo ¿verdad?

—Vive estresado y parece que quiere estresarnos a todos también.

—Algo me dijo tu madre, aunque le cayó bastante bien cuando lo trajiste a casa.

—Así es mamá, le gustan todos los chicos que le presento, no sé si es porque es demasiado

buena o porque está deseando emparejarme.

—Yo seré más selectivo, te lo aseguro.

—Tampoco es necesario, papá. Solo es mi jefe.

Se acercó a su padre y le dio un beso en la mejilla, después se colocó el bolso mochila a la espalda y el Tupperware debajo del brazo. Abrió la puerta de la casa, se subió a su todoterreno y salió a toda prisa hacia el hotel, iba bastante justa de tiempo.

—Hola Luis —saludó al pasar frente a la recepción.

—Buenos días, Rosita. El jefe hace rato que llegó.

—Eso quiere decir que estará de mal humor, otra vez.

—Seguramente, ya sabes el sermón que nos dio hace unas semanas sobre la puntualidad.

—Ya me acuerdo.

—No sé cómo aguantas tantas horas trabajando a su lado.

—Con mucha paciencia. —Sacó el Tupper y se lo ofreció—. Anda pruébalos.

—Eres maravillosa —contestó al tiempo que cogía tres bombones.

—No todos lo piensan —dijo con la imagen de su jefe en la mente.

—No hagas caso a quién te diga lo contrario. Suerte, Rosita.

—Gracias, Luis, seguro que la necesitaré.

Suspiró resignada mientras pensaba en Antonio, ese hombre no tenía arreglo, jamás se relajaría. A largas zancadas fue hasta el ascensor y subió hasta la oficina. Al entrar un mar de gritos llegó hasta sus oídos, por suerte no iban dirigidos a ella.

—¡Quiero esa web activada hoy mismo! —Silencio durante unos segundos—. Hay que dejar las nuevas actividades preparadas, quiero que el cliente que entre pueda hacer su reserva ya. —Nuevamente se quedó callado escuchando la respuesta—. Está bien, esta noche, pero ni un día más. —Colgó el teléfono con un fuerte manotazo y levantó la vista para clavarla en María Rosa.

—Hola, Antonio.

—¿Qué horas son estas de llegar? —bramó.

—Solo me retrasé veinte minutos, no es para tanto —contestó al tiempo que colgaba el bolso de una percha situada junto a la puerta.

—De donde yo vengo se despide a la gente por eso.

—Pero estás en Los Ríos, relájate un poco.

—¡No quiero relajarme!

—Toma un bombón —le ofreció ella con una sonrisa ignorando por completo su enfado.

—¿Por eso has llegado tarde? Necesito una secretaria, no una pastelera —soltó sin probar ni un solo dulce.

—Pues ya la tienes aquí ¿qué necesitas? —le dijo sentándose en su mesa como toda una profesional. Dejó los bombones a un lado y entrelazó sus dedos sobre el escritorio.

—Necesito un monitor para hacer barranquismo, consíguemelo.

—Me parece una idea genial, los turistas tienen que contratar esas actividades en la ciudad.

—Se me ocurrió cuando estaba haciendo senderismo, vi las rutas y Manuel me explicó que se practicaba de forma habitual.

—Mi hermano tiene un amigo que...

—Nada de amigos, quiero uno titulado.

—Está bien, no te pongas así.

—También habrá que ampliar el seguro para que todos los clientes queden bien cubiertos.

—Tomo nota, me pondré a ello.

A pesar del mal humor que lo había corroído desde primera hora de la mañana, escuchar a Rosa lo había hecho sentir un poco más aliviado, sabía que ella le echaría una mano. A pesar de no ser su profesión había resultado ser bastante competente y se dio cuenta de que la necesitaba.

Por la tarde, antes de que dieran las siete, Rosa ya había conseguido al monitor titulado y no solo en barranquismo sino en todos los deportes de riesgo, por su currículum se le veía con bastante experiencia. Estaba segura que sería de total agrado de su jefe. Después se puso en contacto con la aseguradora para ampliar la póliza.

Antes de acabar la jornada laboral, llamó el informático para anunciar que la página web del hotel ya estaba actualizada y funcionando con todas las nuevas actividades.

Al fin, Antonio pudo soltar el aire que retuvo todo el día a consecuencia de su estrés. Quizá ahora sí podría relajarse como le había sugerido Rosa desde la mañana.

Se levantó y se acercó a la mesa de su secretaria, cogió dos bombones y se los metió de golpe en la boca.

—Están muy buenos —dijo asintiendo con la cabeza al tiempo que masticaba.

Ella, como respuesta, le sonrió de forma dulce y traviesa a la vez. Antonio se perdió en sus ojos durante un largo minuto hasta que el sonido del teléfono rompió su ensimismamiento.

—Dime, Luis —respondió Rosa—. Vale, ahora se lo digo.

—¿Qué ocurre?

—Han llamado de la ciudad, tu coche acaba de llegar.

—¡Maravilloso! Parece que el día se arregló.

—Pues claro, no tienes por qué ser tan negativo. Solo hay que tener un poco de paciencia y todo se va arreglando.

—Por una vez, te voy a dar la razón.

Antonio sonrió por primera vez desde hacía... más bien desde que había llegado, María Rosa se la devolvió pensando que se veía muy guapo cuando estaba de buen humor, hasta podría besarle.

—Busca a alguien que me lleve a la ciudad para recoger mi coche.

—¡Yo te llevo!

—Gracias, pero no. No deseo volver a arriesgar mi vida.

—Qué exagerado eres, Antonio. Te prometo que llenaré el depósito de gasolina antes de salir y no visitaré a mi hermano, aunque me mate si se entera que estuve por allá y no fui a verle.

Él miró sus ojos inocentes y chispeantes de emoción y no pudo negarse. Tenía que estar loco para aceptar subirse a un coche con ella de nuevo, quizá pasar tanto tiempo en ese pueblo le estaba haciendo perder la cabeza. Sí, debía de ser eso porque nunca antes había estado a punto de lanzarse sobre una secretaria. Recordó el día anterior y no pudo prometerse a sí mismo que no volvería a pasar.

—De acuerdo, iré contigo. Prepárate.

11. La cita



Tal y como había prometido, Rosa llenó el depósito de gasolina antes de coger la carretera. Antonio pudo conocer a Santi, el anciano del que ella le había hablado, esperaba a un viejo enclenque pero encontró a un hombre robusto y fuerte que para nada aparentaba la edad que tenía, sería por eso que no deseaba jubilarse.

No se enfadó cuando ella no tomó la autovía, en realidad era mejor que la conductora se sintiese cómoda al volante, era más seguro. Hoy no sufriría ningún percance. Hoy todo saldría bien, hoy era el principio del fin de su estancia en Los Ríos.

Al llegar a la ciudad, Antonio conectó el GPS de su móvil para llegar hasta el concesionario.

—Gira a la derecha y ahí mismo está —le anunció Antonio—. Puedes empezar a buscar aparcamiento.

Rosa obedeció sin rechistar, nunca había visto a su jefe tan animado y le encantaba verlo así. En cuanto vio un hueco, estacionó el vehículo.

—¡Esto es un vado! —reclamó él. Esa mujer nunca aprendería, se dijo.

—Solo será un momento.

—No sabemos cuánto vamos a tardar.

—No entiendo que manía tienes con los aparcamientos, no va a pasar nada.

—Puede pasar que cuando salgamos no tengas coche.

—Está bien, está bien.

Rosa hizo marcha atrás y continuó buscando, pocos metros más adelante volvió a aparcar.

—¡Aquí no! Es una rampa.

—Mira que eres pesado, no te apaña ningún sitio.

—Porque no sabes buscar, tú solo dejas el coche en el primer hueco que ves sin importar si está prohibido o no.

—De acuerdo, no refunfuñes tanto.

Rosa decidió hacerle caso ya que estaba de buen humor y no le apetecía nada lidiar con el jefe gruñón. Tuvo que dar varias vueltas hasta que encontró un sitio del agrado de Antonio.

—¿Este cumple tus expectativas? —preguntó con ironía.

—Este es perfecto, vamos.

Con toda la galantería que había aprendido en los cursos de protocolo, salió del coche rápido y le abrió la puerta a ella. Le ofreció su mano y sonrió.

Rosa apenas pudo creer lo que estaba viendo, nunca había sido testigo de tanta caballerosidad. Antonio era un pimpollo de lo más pijo. Se rio mientras le cogía la mano y le seguía la corriente.

Cuarenta y cinco minutos después, él salía conduciendo un Audi negro con María Rosa a su lado.

—Menudo coche te ha regalado el hotel.

—No me lo han regalado, es para uso personal del director. Si dejara la cadena de hoteles, tendría que dejar el Audi.

—Aun así, tus jefes son muy generosos.

—Te llevo a cenar —la invitó cambiando de tema.

—Tengo mi coche.

—Luego te traigo. Recomiéndame un buen sitio.

—No tienes que invitarme.

—Después de que renunciaras visitar a tu hermano con riesgo de que te mate si se entera que estuviste aquí, sí debo hacerlo.

—Es un buen motivo, sin embargo...

—¿No dices siempre que tengo que relajarme?

María Rosa observó los ojos pícaros y la sonrisa de medio lado que le estaba dedicando su jefe. Definitivamente le gustaba verle tan animado y con ganas de divertirse ya que sería la primera vez. No conocía esta faceta de Antonio, y en verdad quería seguir conociéndola.

Aunque, siendo sincera consigo misma, esta actitud la ponía bastante nerviosa. Sacudió su cabeza para alejar los nervios, disfrutaría de su compañía por ahora, no sabía cuánto duraría el jefe divertido y volvería el gruñón.

—De acuerdo, hoy no se te puede discutir nada.

—Es que estás siendo una empleada modelo.

—Vaya, viniendo de un jefe tan estricto es todo un cumplido.

Antonio rio por las palabras de Rosa, era una mujer muy peculiar, jamás había conocido a una así y la verdad era que tenía muchas ganas de cenar con ella. Hablar fuera del trabajo, conocerla un poco más. Hoy pensaba divertirse porque no recordaba la última vez que lo había hecho.

—Así que empezaste como gerente. Vaya, cualquiera diría que tenías enchufe.

—De eso nada, lo que tengo es una carrera de Administración de Empresas y especialidad en hostelería y unos cuantos cursos más.

—Suena a horas y horas de estudio.

—Sí, sacrifiqué salidas con amigos y muchas fiestas.

—Entonces te lo mereces.

—Gracias.

—¿No has tenido tiempo para novias?

—Bueno, salí con una chica durante cuatro años.

—Y qué pasó.

—Que se acabó.

—¿No me lo vas a contar?

—En Los Ríos sois todos muy cotillas, seguro que mañana lo sabrá todo el pueblo.

—Te prometo que no diré nada, lo que hablemos esta noche no saldrá de aquí.

—Vale —suspiró, si le contaba sobre él quizá luego pudiese averiguar cosas sobre ella—. Pasó que nos veíamos muy poco, yo dedicaba muchas horas al estudio, ella ya había acabado los suyos y salía con sus amigas todos los fines de semana.

—¿No me digas que conoció a otro?

—Pues sí, eso fue lo que pasó. Conoció a otro y me dejó.

—Era lógico que estudiaras, debió entenderlo.

—Tampoco le echo la culpa, como te decía, nos veíamos muy poco y supongo que ninguno de

los dos estábamos lo suficientemente enamorados.

—Eso sí es triste.

—No creas, es mejor darse cuenta antes de que las cosas hubieran llegado más lejos.

—Eso es cierto.

—¿Y tú que me cuentas? —Antonio decidió que ya le tocaba a ella.

—¿Sobre qué quieres que te cuente?

—¿Has estado enamorada alguna vez?

—Sí, al menos un poco.

—¿Quién era?

—Era un compañero de trabajo, teníamos veinte años y estábamos muy locos. Salíamos mucho, bebíamos mucho, bueno él bebía mucho. Era muy guapo, cariñoso, pero se volvía pesado con el alcohol. Al principio no le daba importancia porque éramos jóvenes y eso es lo que hacen los jóvenes, beber y pasarlo bien. Eso era lo que yo pensaba en ese entonces, pero pasaron un par de años y supongo que maduré, su comportamiento me hizo desenamorarme y se acabó.

—Vaya, lo siento, debió de ser duro hasta que decidiste dejarlo.

—Sí, pero mis padres me aconsejaron y me ayudaron mucho.

—Me alegro.

—¿Tienes mucha familia?

—No, solo a mis padres y una hermana pequeña que vive en el Reino Unido, solo nos vemos por Navidad.

—¿La echas de menos?

—No mucho porque yo también he estado viajando y no he tenido tiempo.

—¿Piensas instalarte en algún sitio?

—Sí, le pedí a mis jefes que al acabar con este trabajo quiero un lugar fijo, donde poder asentarme. Espero que sea en Madrid, ya que me compré una casa allí.

—Ah.

Aquellas palabras hicieron que el ánimo de Rosa cayera en picado. Antonio no se quedaría en Los Ríos, claro que no, un hombre como él debía estar en una gran ciudad, en su ambiente no en ese lugar con gente pueblerina como ella.

—Es tarde, mi madre se preocupará —soltó ella de pronto poniéndose en pie.

Antonio percibió el cambio en el tono de voz de Rosa sin entender por qué. Sus ojos habían perdido parte del brillo que solían tener todos los días y especialmente esa noche.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, claro que sí.

Él seguía sin estar convencido de aquella afirmación.

—¿He hecho o dicho algo malo?

—No seas tonto. No avisé a mi madre que nos quedaríamos a cenar.

—Llámala.

—Dejé el teléfono en la oficina.

—Usa el mío.

—No llamaré desde tu teléfono, la asustaría más.

La actitud de Rosa le pareció un poco rara, sin embargo, decidió no cuestionar sus palabras ya que no sabía las costumbres de la gente del pueblo y era muy probable que su madre estuviese preocupada.

Así pues, llamó al camarero y pidió la cuenta.

12. La discrepancia



Cuando entró en casa se sentía más cansada de lo que había esperado, no estaba segura si era algo físico o emocional ya que había empezado a sentirse peor cuando su jefe le había dicho que pensaba instalarse en otro lugar al acabar su trabajo en el hotel. ¿Qué esperaba? Antonio era un hombre de ciudad, nunca podría adaptarse a un lugar como Los Ríos. Aunque estaba segura de que si lo intentaba podría ser feliz. Se había acostumbrado a estar con él todos los días, aunque fuera un gruñón, tenía buen corazón y eso fue lo que empezó a cautivarla. Además, le divertía cuando salía su vena urbanita, era tan distinto a ella... entonces, ¿por qué se preocupaba tanto? No debería importarle si se marchaba o no, sino que el hotel funcionara y no cerrara.

Sacudió la cabeza para despejar esos tontos pensamientos, sin embargo lo que le vino a la mente fue la maravillosa velada que había pasado. Una sonrisa afloró rápidamente en su rostro sin poder evitarlo. No había necesidad de pensar en el futuro, pues este era impredecible. Había que vivir el presente y pasarlo bien.

—Hoy llegas muy tarde —indicó Estela que fue a su encuentro en cuanto escuchó la puerta de la entrada.

—El director me invitó a cenar.

—Oh, ¿y eso? —preguntó gratamente sorprendida.

—Lo acompañé a la ciudad a recoger su coche nuevo. Estaba contento y supongo que le apetecería compartirlo con alguien —comentó restándole importancia—. Ya sabes que viene de fuera, no tiene amigos ni familia por aquí.

—¿Y esa sonrisa?

—¿Qué sonrisa?

—La que llevas pegada en la cara.

—Vamos, mamá. No digas tonterías.

—Es guapo.

—Sí, lo es. Aunque cuando lo conocí no me lo pareció tanto.

—Eso es porque ahora lo conoces mejor y te gusta. El amor no suele aparecer de golpe sino poco a poco, con el día a día.

—¿No estoy enamorada de él! ¿Cómo se te ocurre? —protestó indignada.

—No he dicho que lo estés, solo que te gusta y empiezas a sentir cosas. ¿Me lo vas a negar?

—Vale, eso te lo reconozco —admitió al fin—, pero Antonio es un jefe que no incumpliría las normas, nunca se interesaría por su secretaria.

—La salida de hoy no era de trabajo.

—No, pero también me confesó que piensa marcharse cuando acabe su trabajo aquí. Él jamás viviría en un pueblo como este.

—¿Y tú? ¿Dónde vivirías?

—Mamá, solo hemos salido a cenar, deja de preparar la boda.

Estela se acercó hasta su hija y le dio un beso en la frente. Su niña se estaba enamorando, quizá del hombre equivocado. Pero ella ya había pasado por esa edad, por esas sensaciones y sabía que no había vuelta atrás. Tanto si salía bien como si no, era una experiencia que solo ella viviría y de la cual aprendería.

Rosa devolvió el beso a su madre y se marchó a su habitación para acostarse. Se sentía muy cansada y no tenía ganas de preguntarse el porqué. Aunque seguramente su madre tuviese razón, le gustaba Antonio y lo mejor era olvidarse de él antes de llegar a enamorarse.

Por mucho que cerrara los ojos, no conciliaba el sueño. Otra noche sin dormir, esto tenía que ser malo para su salud. No podía pasarse las noches pensando en Antonio y cocinando dulces. Necesitaba tener una cita con urgencia. Mañana mismo llamaría a Marga, tenía cantidad de amigos, seguro que podía arreglar una cita con alguno de ellos y así se quitaba esta obsesión de la cabeza.

Había pasado una semana desde que había cenado con el director. Tener coche le había puesto de mejor humor, llevaba días que no gritaba a ningún empleado. Carmen estaba encantada con el cambio de Antonio, ya que no la había dejado relajarse ni un minuto desde que tomó el mando del hotel. Al menos ahora había algo más de paz entre esas paredes.

Eran casi las siete de la tarde, la hora en la que acababa la jornada laboral cuando Antonio dio un grito al tiempo que saltaba de su silla. María Rosa, asustada, fue a su encuentro. Esperaba que no fuera ninguna mala noticia, ahora que parecía que todo marchaba bien, no soportaría volver al Antonio de antes.

—¿Qué pasa? Casi me da un infarto.

—Tenemos todo cubierto hasta Navidad, incluso han reservado las nuevas actividades.

—¡Es genial! Felicidades, Antonio.

Él salió de detrás de su mesa y se colocó a escasos centímetros de su secretaria.

—En seis meses habremos conseguido las metas que exigían los socios de la cadena. ¿Sabes lo que significa?

—Qué.

—Lo he logrado en la mitad de tiempo que me habían dado —le explicó sonriendo.

—Vaya, en menos de un año. Eres muy bueno en tu trabajo.

—Lo sé —afirmó lleno de júbilo y, con el entusiasmo, tomó a Rosa por la cintura y la levantó al tiempo que la hizo girar.

—¡Antonio! —gritó ella riendo. —¿Seguro que eres tú? ¿No estarás poseído por algún espíritu?

—No digas tonterías. Esto ha sido un trabajo en equipo, felicidades a ti también.

—Y al resto de empleados.

—Eso también.

—¿Ves? Todos te hemos colaborado.

Acabó de darle vueltas por la oficina y la dejó de nuevo en el suelo, pero sin soltarla de la cintura. Bajó la cabeza, y sin pensar en lo que hacía, se apoderó de sus labios. La besó con ímpetu y ella respondió de igual modo. Alzó los brazos y rodeó el cuello de su jefe.

Continuaron saboreándose durante largos minutos, Antonio la pegó a él y sintió la turgencia de sus generosos pechos, subió las manos por su espalda y la apretó más.

Rosa se excitó sobremanera al sentirse entre sus brazos, la erección de Antonio era evidente y

le indicaba cuánto la deseaba. Se sintió feliz y cómoda, como si estar abrazada a él fuese su destino. Ya ni recordaba que hacía unos días se había prometido olvidarlo antes de enamorarse.

Poco a poco, Antonio fue separándose de ella, su corazón latía a mil por hora, no recordaba haberse sentido así nunca. Esa mujer era un volcán a punto de estallar y, Dios mío, cómo deseaba hacerlo entrar en erupción. Pero tenía que ser sensato y volver a la realidad. Esto podría ser acoso sexual en el lugar de trabajo. La verdad era que nunca se había visto envuelto en algo parecido y lo mejor era ser prudente.

—Lo siento —musitó.

—No te preocupes —dijo ella jadeando todavía.

—Tengo que hacerlo, soy tu jefe.

—No mientras me besas —sonrió tratando de tranquilizarlo pues se había puesto demasiado serio.

—Podría considerarse acoso.

—No me hagas reír, creo que hay más posibilidades de que te acose yo que al revés.

Aquellas palabras lo hicieron carcajearse, si ella pensaba así quizá tenían alguna posibilidad de que funcionara. No perdía nada por intentarlo. Tanto en los negocios como en el amor, a veces había que arriesgar para ganar, eso lo sabía muy bien.

—Podríamos salir a algún sitio... Música, copas... —sugirió él.

—Suena fantástico.

—Bien, te recogeré el sábado a las diez.

—No puedo. Tengo una cita ese día —dijo compungida. Ahora se arrepentía de haber buscado una cita, pero ¿cómo iba a saber que las cosas se arreglarían con Antonio tan pronto?

—¿Tienes novio y no me lo contaste?

—¡No! Para nada.

—¿Entonces?

—Mi amiga Marga me buscó un chico para salir porque hacía mucho que no lo hacía y necesitaba distraerme.

—Una cita a ciegas —afirmó él frunciendo el ceño, no le gustaba nada. Nada de nada, de nada.

—Algo así.

—¿Y vas a dejarme tirado por un tío que no conoces?

—Si lo dices de esa manera... Yo, no te cambiaría por un tío que no conozco. En realidad, no te cambiaría por ninguno sea conocido o no.

—Me gusta esa respuesta. No irás ¿verdad?

—Lo siento, pero prometí ir y yo siempre cumplo mis promesas. No puedo dejarle plantado o cancelar la cita con tan poco tiempo. Pobrecillo, me da pena.

—¿Te estás apiadando de ese tío?

—Según mi amiga también necesitaba salir, no puedo dejarlo tirado.

—Qué más te da, si ni siquiera lo conoces. —Antonio empezaba a enfadarse de verdad.

—Eso no importa, es un ser humano como cualquier otro.

—Pues yo digo que no vas.

—No tienes derecho a decirme lo que puedo o no puedo hacer.

—Podría resultar un psicópata asesino o un violador. ¿No lo has pensado?

—No lo es, Marga lo conoce y confío en mi amiga.

—Pero yo no tengo ni idea de quién es Marga.

—Pues es una de mis mejores amigas y ella no sería capaz de mandarme a un hombre que no

conozca bien.

—Eres muy ingenua. Claro que viviendo en este pueblo...

—¿Me estás llamando pueblerina?

—No, solo digo que eres muy inocente. Podrían aprovecharse de ti.

María Rosa captó su ansiedad y eso suavizó su carácter, un dulce sentimiento se instaló en su pecho. Alzó la mano y le acarició la mejilla con la palma. Inclino la cabeza como si estuviese tratando con un niño. Le gustaba que se preocupara por ella, no quería que se enfadara, pero debía hacerle comprender que no corría ningún peligro.

—Puedes confiar en la elección de mi amiga Marga y nosotros, bueno... podemos quedar otro día.

—No estoy dispuesto a dejar que salgas con otro hombre.

—¿He oído bien?

—Si sales con él, no saldrás conmigo.

—¿Y tú me acusas de vivir en un pueblo? Tu mentalidad es la de un troglodita.

Rosa no solía alterarse, pero se le estaba agotando la paciencia. Podía entender que no la dejara ir por estar preocupado por su seguridad, pero eso de darle órdenes y prohibirle cosas, no pasaría por ahí.

—Es normal que no te quiera compartir.

—No me importa lo que pienses. No cancelaré mi cita y si te preocupa que me acueste con él, no tienes por qué hacerlo, solo seremos amigos, no pasaré de eso.

—¿Piensas ignorar mis sentimientos?

—Esto es lo que hay. Debes confiar en mí.

—Así que esto es lo que hay.

—Sí —espetó con firmeza, no pensaba echarse atrás.

—¡Pues se acabó! —rugió él sin tan siquiera meditar sus palabras.

—¡Perfecto! —dijo subiendo su tono de voz como nunca antes lo había hecho—. Porque no voy a permitir que ningún hombre mande en mi vida. Adiós, Antonio, ha sido muy bonito mientras duró.

Acabada la última palabra, cogió su bolso del perchero y se marchó a toda prisa. Estaba furiosa, nadie la había puesto en ese estado, ni siquiera su ex.

Él la observó abandonar la oficina con su bamboleo de caderas y sin mirar ni una sola vez hacia atrás. ¿Qué demonios había sido eso? ¿Por qué había actuado de ese modo? ¿Acaso estaba... celoso?, se preguntó.

Se tapó la cara con ambas manos y se dejó caer sobre su silla abatido. Acababa de estropear una posible relación con Rosa, una relación que ni tiempo había tenido de que comenzara. ¿Se podía ser más estúpido? Ella tenía razón, en qué mundo vivía, no podía darle órdenes. Es verdad que Rosa podría haber tenido el detalle de cancelar esa cita por complacerle, pero si no lo hacía tampoco la podía culpar. Le había dicho que solo saldría con él como amigo, sin embargo, ahora la había dejado libre para que iniciase una relación con ese tipo. ¡Era un completo idiota!

13. El incidente



Cómo era posible que le hubiese puesto un ultimátum, pensó María Rosa mientras pinchaba una patata asada y se la metía en la boca.

—¿Has vivido siempre en Los Ríos? —preguntó su acompañante.

«He hecho muy bien yendo esta noche a la cita a ciegas», divagaba la mente de ella. «Antonio debe tener claro que nunca me impondrá su voluntad».

—Marga me contó que fuisteis juntas al instituto. ¿Entraste después a la universidad o hiciste alguna FP? —volvió a preguntar Carlos desde el otro lado de la mesa sin conseguir ninguna respuesta procedente de Rosa.

«Si él hubiese tenido una cita antes de pedírmela a mí, yo jamás le hubiera obligado a cancelarla».

—¿A qué te dedicas? —insistió Carlos a pesar de que María Rosa no contestaba a ninguna de sus preguntas. No estaba seguro de si era porque no quería hacerlo o porque no le estaba prestando la menor atención. Sospechaba que era lo segundo, menuda suerte la suya, pensó el chico.

«¿Qué estará haciendo en este momento?», se preguntó ella. «Tal vez también se ha buscado una mujer con la que salir. Desde que llegó al hotel no le he visto ir con ninguna».

Rosa cogió la copa de vino y la apuró hasta el final, con esa ya llevaba tres.

—Deduzco que nuestra cita no te interesa lo más mínimo. —Carlos hizo ademán de levantarse cuando ella al fin reaccionó y lo cogió del brazo.

—¡Espera! Discúlpame, es que ayer tuve una bronca con mi jefe y todavía lo tengo en la cabeza.

—Ah, el trabajo. A veces es difícil desconectar.

—Sí, sí. Así es. —Mejor que creyera que se debía a asuntos laborales, pensó.

—¿Quieres que vayamos a bailar? Quizá te ayude a olvidarte de tu jefe.

—Buena idea.

María Rosa se levantó tambaleándose y Carlos tuvo que sujetarla de la cintura para enderezarla.

—Creo que te pasaste con el vino.

—Tonterías, ahora mismo me tomaría otra copa.

Salieron del pequeño restaurante rural situado a un kilómetro de Los Ríos, subieron al coche y Carlos la llevó al único pub que había en el pueblo. Él habría preferido ir a la ciudad pero Marga ya le había anticipado que su amiga prefería no salir fuera.

La música ensordecía sus oídos mientras su cuerpo se movía en un vaivén muy suave. Sostenía en su mano derecha una copa de ron con cola, había perdido la cuenta de las que se había tomado.

Carlos se la quitó de la mano, nunca imaginó que su acompañante, una chica guapa, sexy y muy bien dotada de todo lo que a un hombre le gustaba, acabaría a su merced. Era muy distinta a Marga y a lo que él había imaginado. Cuando una chica bebía demasiado era lo que buscaba, que le dieran caña. Sería una noche memorable, pensó sonriendo.

—Vamos a bailar.

La cogió de la cintura y la pegó a su cuerpo, ella se dejó arrastrar mientras su cabeza daba vueltas y vueltas.

—Creo que me estoy mareando, Antonio.

—Será mejor que nos vayamos ya —sugirió Carlos. No convenía que acabara vomitando.

Y... ¿lo había llamado Antonio?, se preguntó por simple curiosidad porque en realidad no le importaba, su pareja estaba demasiado borracha. La llevaría a un hotel y finalizaría la noche con broche de oro.

—No quiero irme, quiero otra copa.

—No, ya tomaste suficiente y te sentará mal.

—Pero yo...

—Te llevaré a descansar.

Rosa asintió de mala gana, volver a casa significaba no poder dormir pensando en Antonio. Pero quizá era lo mejor porque ya estaba demasiado mareada y no sabía si llegaría de una pieza. Su madre le daría una buena regañina y esperaba que su padre no llegara a enterarse. Su cara de decepción cuando metía la pata era peor que cualquier castigo que su madre le solía imponer en estos casos. Era cierto que ya no tenía edad para castigos, sin embargo, su padre pondría esa mirada triste y su madre le daría un buen rapapolvo y no le apetecía decepcionarlos.

Luis, que estaba de turno aquella noche, se quedó de piedra al ver entrar a Rosa bastante aturdida y sujeta por un desconocido. El hombre se acercó hasta el mostrador mientras la sostenía de la cintura para que no se cayese, Luis observó que tenía los ojos cerrados y apostaría su vida a que no tenía ni idea de dónde se encontraba plantada.

—Una habitación, por favor —solicitó Carlos sin imaginarse que ella trabajaba allí y que el recepcionista, por supuesto, la conocía.

—No creo que esa chica esté en condiciones de lo que pretendes —soltó con una amabilidad forzada.

—¿Quién ha pedido tu opinión?

—Al menos debería estar despierta ¿no crees?

—Dame una habitación si no quieres que haga una reclamación y acabes despedido.

«¿En qué lío te habías metido Rosita?», pensó el recepcionista sin saber cómo actuar. De algo estaba seguro, su ética no le permitía dejarlo pasar sin más. Debía hacer algo, pero qué para no ser despedido porque sería la palabra de un cliente contra la suya.

Luis se giró y sacó de uno de los casilleros una llave y se la tendió. Era amigo de Rosita y como amigo no podía permitir que nadie le hiciese daño. Mientras miraba como ese tipo se alejaba hasta el ascensor pensó en salir y darle un puñetazo, pero era cierto que arriesgaba su trabajo si no tenía pruebas. ¿Qué podía hacer? De inmediato recordó el trato de confianza que el director mantenía con Rosa, hasta salieron a cenar una noche. Era el más indicado para rescatar a su amiga. También era un riesgo para su puesto llamar al jefe a las cuatro de la mañana, pero mucho menor que liarse a puñetazos con un cliente en la recepción. Antonio era un tipo legal, así que ya lo tenía decidido, acudiría a él.

14. El rescate



El sonido del teléfono le hizo pegar un bote de la cama. ¿Quién diablos sería a esa hora? Al cogerlo vio que era la extensión de recepción. Iba a matar a Luis, lo trocearía y repartiría los pedacitos por la montaña. Más le valía que fuera una emergencia.

—Dime que el hotel está en llamas —respondió sarcástico.

—Eh... no.

—¿Una fuga de gas?

—No, se trata de...

—Una inundación.

—¡No! Se trata de Rosita —dijo a la desesperada.

Escuchar ese hombre lo puso en alerta, espabilándose al instante. Cuando alguien llamaba de madrugada no tenía buenas noticias. Algo malo le había pasado a su secretaria pastelera.

—¿Qué le ha ocurrido?

—Nada, todavía nada, pero está en serios problemas. Necesita ayuda.

—Pues habla, ¡rápido!

—Ha llegado hace unos minutos con un tipo. La traía casi en brazos porque estaba bastante borracha o drogada, no estoy seguro. Creo que pretende aprovecharse de ella.

—¿Y le diste una llave?

—Eh... sí.

—¿Cómo se te ocurre?

—Bueno, era un cliente y no estaba seguro de cómo proceder. En realidad tenía ganas de darle un puñetazo en la cara.

—Una patada en sus partes es lo que debiste haberle dado.

—Estuve a punto, no crea. Pero también pensé en mi trabajo y que si era usted quien le diera el puñetazo sería mucho mejor.

—¿En qué habitación están?

—La ciento doce.

Antonio, tras colgar, saltó de la cama y se colocó unos pantalones rápidamente. Sin camiseta y descalzo salió al corredor, usó las escaleras para bajar hasta la primera planta, se paró frente a la puerta ciento doce y golpeó como si le fuera la vida en ello. Según Luis, solo hacía unos minutos así que no debía haberle dado tiempo a mucho. La verdad era que esperaba que no le hubiese dado tiempo a nada en absoluto. Estúpida cita a ciegas. ¿Por qué tuvo que ir?

El susodicho tipo abrió con la camisa abierta y los pantalones medio desabrochados.

—¿Quién eres y qué quieres?

Como respuesta, Antonio le propinó un puñetazo en la mandíbula y un rodillazo en el estómago que lo dejó doblado. De un empujón lo apartó y entró en la habitación, enseguida la vio tendida

sobre la cama, con la ropa desaliñada pero puesta, gracias a Dios. Se acercó hasta ella, tenía los ojos cerrados, parecía dormida.

—¡Rosa! ¡Despierta! —la zarandéó él.

Ella trató de abrir los ojos, pero no podía, sus párpados eran demasiado pesados, su cabeza seguía dando vueltas. Le pareció escuchar la voz de Antonio, ¿lo estaba imaginando o soñando? ¿Por qué iba a estar Antonio en su cuarto en mitad de la noche?

Viendo que no lograba despertarla, la cogió en brazos y salió al pasillo.

—¡Eh! —protestó el hombre cogiéndose el abdomen.

—Lárgate antes de que llame a la policía.

—¿Quién te crees que eres? Te denunciaré por agresión.

—Soy el director del hotel y esta chica es mi secretaria. Yo de ti me quedaría callado o acabarás en prisión. Más te vale que no la hayas drogado y pide a Dios que esté bien o acabaré contigo.

Carlos puso los ojos como platos y no se atrevió a replicar.

Antonio fue hasta el ascensor y la llevó hasta su suite. La dejó sobre la cama y llamó a recepción.

—Luis, soy Antonio.

—¿Rosa está bien?

—Sí, por los pelos. Llama a su casa y dile que se encuentra bien, pero en un estado inconveniente para conducir y se quedará en el hotel a pasar la noche.

—¿Necesita otra habitación?

—Se quedará en mi suite, no está en condiciones de quedarse sola. —Dicho esto la escuchó vomitar en el cuarto de baño, al menos le había dado tiempo a llegar—. Mañana manda a una camarera temprano para que limpie el baño.

—Anotado, jefe.

—No me llames así.

Colgó el teléfono y fue a verla. La encontró tirada en el suelo gimiendo. Volvió a cogerla en brazos y llevarla hasta la cama, después regresó al baño, humedeció una toalla y fue junto a ella para limpiarle la cara.

—¿Cómo te encuentras?

—Me voy a morir —sollozó.

—No te vas a morir.

—Sí, díles a mis padres que los quiero.

—Será mejor que duermas.

—Que siento marcharme al otro mundo antes que ellos.

—No digas tonterías, mañana estarás mejor. Con resaca, pero mejor.

Al escuchar aquella voz, que pensaba que provenía de su mente, se acurrucó sobre las sábanas y se sintió aliviada, a salvo. Si tenía que morir esa noche, moriría feliz. Al momento se quedó dormida con una pequeña sonrisa.

Voces en el interior de la habitación la despertaron. Al abrir los ojos, la luz procedente de la ventana, la cegó al tiempo que fuertes martillazos golpeaban su cabeza. Cuando sus pupilas se acostumbraron a la luz pudo ver que no estaba en su cuarto. Era la suite de Antonio, ¿qué demonios había pasado? ¿Cómo había llegado hasta allí? El fuerte dolor en el frontal izquierdo le impedía pensar con claridad.

—Gracias, adiós. —El director del hotel despidió a las camareras de planta y fue hasta la cama—. Qué bien, ya te has despertado.

—Sí, ¿qué hago aquí?

—¿No te acuerdas?

—Recuerdo que fui a cenar con Carlos y luego a bailar. Empecé a sentirme mal y él me llevó a casa. No entiendo cómo es que estoy en tu habitación.

—Permíteme que te corrija: Tu cita no te llevó a casa sino aquí. Pensaba sacar partido de tu embriaguez.

—No me lo puedo creer —contestó abriendo los ojos como platos.

—Luis me llamó a eso de las cuatro de la mañana para que te rescatara de ese sinvergüenza.

—No me lo puedo creer —repitió sabiendo que Antonio nunca se inventaría algo así, sin embargo, nunca creyó que aquello le pudiese pasar a ella.

—Te dije que no era buena idea salir con un desconocido.

—¿Cómo iba a saberlo? Es amigo de mi amiga.

—Eso no tiene nada que ver.

—Se lo diré a Marga, que sepa la clase de hombre que es Carlos y que corra la voz por todos sus conocidos —soltó indignada. Trató de levantarse, pero un pinchazo en el lado izquierdo de su cabeza la hizo caer hacia atrás y quedar sentada nuevamente sobre la cama.

—¿Estás bien?

—Me duele mucho la cabeza.

—Es normal, te bebiste un bar entero por lo menos. —Se quedó pensativo unos segundos—. Ese desgraciado no te tocó, ¿verdad?

—No, al menos antes de llegar al hotel después no recuerdo nada.

—¿Crees que pudo echar alguna droga en tu bebida?

—No lo creo, la verdad es que me pasé con las copas. Es culpa mía.

—Vaya, algo sensato que sale de tu boca.

—Cuando me encontraste en la habitación estaba...

—Estabas vestida —la interrumpió él adivinando sus pensamientos.

—Gracias por sacarme de esta.

—He pedido el desayuno, después podrás tomarte unas pastillas para ese dolor.

—Gracias por todo.

—Sería bueno que te dieras una ducha, anoche te pusiste perdida mientras vomitabas.

—¿Me viste vomitar? Creí que lo había soñado, qué vergüenza.

María Rosa enrojeció hasta las orejas, cosa que hizo sonreír a Antonio. Se lo tenía merecido, pensó él, la próxima vez sería más prudente.

—Debería ir a casa, mis padres estarán preocupados.

—Luis los llamó anoche para informarles que te quedarías a pasar la noche en el hotel.

—Qué eficiente, piensas en todo.

—Al menos uno de los dos tiene que ser responsable.

—¿Qué quieres decir?

—Si salimos juntos...

—Espera, eso hay que discutirlo.

—Siempre complicando las cosas.

—Mira quién habla.

—Dúchate y desayuna, mientras yo le pediré a Carmen que te traiga ropa limpia. Ya habrá

tiempo para que lo discutamos.

Acabadas aquellas palabras dio media vuelta y se marchó dejando a Rosa totalmente aturdida y no solo por su resaca sino por su actitud caballerosa, un tanto posesiva, pero eso se podía arreglar. Nunca un hombre la había tratado así. Antonio era refinado, educado, honesto, honrado, alto, guapo y... besaba de maravilla.

Cuando su capacidad de razonar se encontrase al cien por cien discutirían eso de salir juntos, aunque no estaba ella por discutir mucho con él. A pesar de su malestar no pudo evitar sonreír con aquel último pensamiento. Él había tenido razón.

15. El masaje



El lunes llegó demasiado pronto para su gusto, necesitaba al menos varios meses para poder mirar a su jefe a la cara. Una vez que estuvo totalmente lúcida, se le caía la cara de vergüenza. ¿Cómo había sido capaz de emborracharse? No había bebido de más desde aquella vez, con dieciséis años, que se le fue la mano y su amiga Marga tuvo que llamar a sus padres para que la recogiesen. Tras el fuerte castigo que le impusieron por llegar así a casa junto al malestar que había sufrido, jamás le había vuelto a ocurrir.

Estaba claro que Antonio la tenía descolocada, pero no podía decirle eso.

—Buenos días, Rosita. Me alegro de verte bien —la saludó Luis.

—Gracias. —Rosa se metió tras el mostrador y le dio un beso por lo que hizo el sábado de madrugada.

—No tienes que darlas, no podía dejar que te ocurriera nada malo.

—Estuvo bien que avisaras al director.

—Siempre anda «Rosa por aquí, Rosa por allá», sabía que te sacaría del lío.

—Y así tú no te arriesgabas.

—Si no hubiese estado seguro de que jefe te ayudaría, te habría salvado yo. No lo dudes, también puedo ser un caballero.

—Sí, de brillante armadura.

—¡Eh!

—Lo siento, solo quería molestarte. Gracias otra vez.

Su amigo solo pudo sonreír satisfecho. Era cierto que él se habría liado puñetazos con aquel tipo aunque perdiera su trabajo, pero estando el jefe, había hecho bien en llamarle y todo había salido bien.

María Rosa, se alejó de la recepción y subió al ascensor. Al llegar a la segunda planta, fue camino de la oficina y entró. Antonio ya estaba allí, cómo no, siempre llegaba primero. No entendía muy bien cómo lo hacía, por mucho que se esforzara no lograba llegar antes que su jefe. ¿Lo conseguiría alguna vez? La perfección de ese hombre empezaba a ser irritante y eso que ella era muy tranquila y no se alteraba con facilidad.

—Al fin llegas.

—Son las nueve y cinco.

—Para ser puntual deberías de llegar a las nueve menos cinco.

María Rosa se sacó la rebeca y la colgó en la percha junto a su bolso. Después, sin mirar a su jefe fue a sentarse en su escritorio.

—¿Hoy no hay galletas? —le preguntó Antonio burlón.

—Parece que hoy estás de buen humor.

—Relájate, Rosa. ¿No es eso lo que me dices siempre?

—Vale, tú ganas. Tenías razón.

—¿Sobre qué exactamente? Porque suelo tener razón en muchas cosas.

—Ya lo sabes.

—No, dímelo. —Por supuesto que lo sabía, pero tenía ganas de oírlo de sus labios. No es que le gustase regodearse, pero después de todo por lo que ella le había hecho pasar desde que llegó, pensó que se lo merecía un poco.

A Rosa le sorprendió ese lado juguetón de Antonio, no se lo había esperado. Todavía había muchas cosas que no conocía de él. A pesar de que se estaba riendo de ella le gustó saber que debajo de ese traje había algo más que un eficiente director de hotel, serio y estricto.

—Sobre la cita a ciegas. ¿Es eso lo que querías oír? ¿Estás satisfecho?

—Por ahora —contestó sonriendo.

—De todas formas, podrías haberme convencido con otros argumentos que no fueran prohibiciones. Quizá te hubiese hecho caso.

—Está bien, supongo que debí hablarte en mejores términos.

—Veo que empiezas a adaptarte muy bien a Los Ríos.

—Yo no diría tanto.

Al menos había salido algo positivo de todo aquello, pensó Rosa. Antonio estaba más tranquilo y relajado. En la oficina se respiraba buen ambiente, esperaba que su jefe se acostumbrase a estar allí y, con un poco de suerte, no quisiera marcharse nunca. Sonrió ligeramente, encendió el ordenador y sacó la agenda de trabajo.

—Deja lo que vayas a hacer, hay que preparar un balance.

—¿Un qué?

—Olvidaba que tengo a una pastelera en el lugar de una secretaria —murmuró sin imaginar que algún día pronunciaría esa frase.

Antonio le explicó qué era y todos los informes que necesitaba para hacerlo. El jueves tenía que enviárselo a Matías para que se lo pasase a los demás socios de la cadena. También le enviaría todos los proyectos futuros que tenía pensado para el hotel. No tenía la menor duda de que todo iba a ir muy bien, el hotel había empezado a recuperarse y en unos meses daría los beneficios esperados. Todo estaba saliendo mucho mejor de lo que había esperado.

María Rosa y Antonio pasaron varios días trabajando hasta muy tarde para tener todos los informes listos, tal y como el director esperaba, las cifras eran positivas. El balance era satisfactorio, estaba deseando presentárselo a Matías. Le habían puesto un reto y lo estaba superando con creces con la ayuda de Rosa, su alegría y optimismo estaban siendo contagiosos y lo hacían trabajar con más ganas.

—Al fin —concluyó él. Echó la cabeza hacia atrás y la movió en círculos tratando de relajar los músculos del cuello.

—Menos mal, si llegamos a tardar más, me instalo aquí la cama —contestó ella.

—No es para tanto, en otras ocasiones he trabajado muchas más horas seguidas, esto no ha sido nada.

—No me extraña, supongo que eres un súper director.

—Soy muy bueno en lo que hago—dijo levantando la ceja izquierda y sonriendo de medio lado como era habitual en él.

—Al parecer no tenías abuela.

—Tengo alta mi autoestima, eso no es malo.

—Claro que no, yo también soy muy buena pastelera.

—Doy fe de ello, además también eres buena secretaria.

—Gracias, aunque sé que no es cierto.

—Eres lista y aprendes rápido. Empieza a creértelo, es el primer paso para ser la mejor en tu trabajo.

—Déjalo ya, me voy a sonrojar.

Antonio observó su rostro sin poder creer que esa chica, nada tímida, fuera capaz de sonrojarse. Tras unos segundos descubrió, gratamente, que sí.

Ocultó una sonrisa y se dispuso a ordenar su mesa.

—Mañana enviaremos el balance y los informes, por ahora vayamos a descansar.

—Buena idea.

—Te invito a cenar en la ciudad.

—Estoy cansada, no me apetece ir tan lejos.

—Está bien, cenaremos en mi suite, ¿qué hay más cerca que eso?

Rosa visualizó la lujosa suite de Antonio, la intimidad en la que se encontrarían hizo que un hormigueo recorriera todo su cuerpo, se sintió excitada solo con pensarlo. Desde aquel primer beso que acabó en discusión, no se habían vuelto a tocar. Habían trabajado tanto los últimos días que ni tiempo tuvieron de hablar de su relación o tal vez Antonio lo había olvidado. Lo cierto era que le apetecía mucho estar con él, que la volviera a besar, que la acariciase...

—Vale —musitó.

—Y recuerda que tenemos una discusión pendiente.

—¿Qué discusión? —preguntó sin querer tocar el tema de ambos, por si era la única que lo recordaba.

—Ya lo sabes, no te hagas la tonta.

—¿Te refieres a nosotros?

—Por supuesto, tenemos que llegar a un acuerdo factible para los dos.

—Antonio, las relaciones amorosas no son contratos.

—Es la costumbre —soltó de forma casual pero un tanto avergonzado al tiempo que se pasaba la mano por el pelo.

Una vez en la suite, Antonio tomó el teléfono y pidió la cena al servicio de habitaciones. Tras colgar se tocó la nuca mientras cerraba los ojos. Ahora se sentía más cansado que antes. Las horas de trabajo empezaban a pasarle factura o tal vez se estaba haciendo viejo.

—Apuesto lo que sea a que, cuando yo me iba a casa cada noche, tú te quedabas trabajando en la oficina vete a saber hasta qué hora.

—Era necesario acabar pronto, había mucho trabajo.

Sin decir una palabra, Rosa se colocó detrás de él y puso las manos sobre sus hombros.

—Siéntate.

—¿Qué vas a hacer?

—Descargarte un poco los músculos.

—Quería hablar contigo sobre salir juntos, ¿recuerdas?

—Lo hablaremos durante la cena, ahora intentaré aliviarte el dolor muscular.

Antonio asintió con la cabeza y obedeció sin decir nada más. Una vez sentado, Rosa comenzó a masajearle el cuello y los hombros, él cerró los ojos y la dejó hacer.

—Mm —gimió con el primer contacto de ella.

—Tienes algunos nudos.

Pasados unos minutos, en lugar de relajarse, Antonio comenzó a excitarse. Las delicadas manos de Rosa le estaban produciendo una erección, su mente divagó por otras formas en las que podía descargar sus músculos, pero no estaba seguro de si era demasiado pronto para lanzarse sobre ella, no quería que echara a correr. Aunque podía tantear el terreno primero.

—Si quieres me quito la camisa —sugirió él para ponerla a prueba.

—¿Tienes crema?

Ante la pregunta de su secretaria, Antonio abrió los ojos como platos. ¿Significaba lo que él creía? ¿O era demasiado inocente para darse cuenta? Tenía serias sospechas de que podía ser lo segundo.

—Creo que hay algo en el cuarto de baño.

—Voy a buscarla, mientras prepárate.

María Rosa no estaba segura de qué demonios estaba haciendo, pero su jefe le estaba siguiendo el juego. Entró al cuarto de baño, abrió un armario y vio rápidamente el bote de crema. Antes de salir se miró en el espejo. Llevaba una coleta despeinada, su rostro desmaquillado y la ropa era de lo más normal. ¿Qué había visto Antonio en ella? Quizá se estaba imaginando lo que no era y si seguía adelante solo haría el ridículo. No, él ya la había besado y le había pedido que salieran juntos, aunque la cosa quedó en discutirlo, hacía solo unos minutos había vuelto a sacar el tema. Sí, estaba segura de que ella le interesaba. Aunque... la falta de mujeres refinadas de ciudad lo habían llevado a querer estar con ella. Negó con la cabeza para sí misma, no tenía por qué creer eso, ella nunca había sido tan insegura y no tenía motivos para serlo ahora ¿o sí? Respiró hondo, se giró y salió del cuarto de baño, se dejaría llevar.

Lo que encontró en la habitación la dejó sin respiración. Antonio se había quitado la camisa y estaba tumbado boca arriba en la cama, la cabeza apoyada en la almohada y las manos en la nuca, sonreía de forma traviesa mientras levantaba la ceja seductoramente.

16. El amor



—Ven —le dijo Antonio.

Hipnotizada por su sonrisa, por su voz, por su cuerpo, caminó hacia la cama mientras se mordía el labio inferior y se paró al llegar a los pies. No había dudas de lo que iban a hacer esa noche.

—¿Quieres que sea yo quién te dé el masaje?

Solo de pensar en las manos de él pasando por todo su cuerpo, la dejó temblando. Asintió mientras sus mejillas enrojecían. Solo había estado con un chico en toda su vida y ya hacía años de aquello. ¿Se acordaría de cómo dar placer a un hombre?

—Entonces quítate la blusa. —Al parecer no era tan inocente cómo él había sospechado, se dijo Antonio. Era agradable no tener que andarse con más rodeos.

Rosa dejó la crema sobre la cama y llevó sus manos hasta los botones, pero estaba tan nerviosa que las manos le temblaban y no acertaba a desabrocharlos. Antonio se dio cuenta de inmediato y se apiadó de ella. No quería que esa primera noche juntos se sintiese incómoda, quería que la disfrutase.

Se incorporó y fue hasta ella. Cogió sus manos y se las llevó a los labios para besarlos con delicadeza.

—Tranquila —musitó. Después la soltó y se dispuso a desabotonarle la blusa lentamente.

—Es que, hace mucho tiempo que no... bueno... no tengo mucha experiencia.

—No te preocupes por eso. —Su ego masculino también agradecía que no fuera muy experimentada.

Antonio la besó en el cuello mientras le sacaba la prenda, condujo las manos por detrás de la espalda y desabrochó el sujetador.

—Apaga la luz —pidió ella entre jadeos.

—No, quiero verte.

—Por favor.

Se separó unos centímetros de ella y la vio taparse el cuerpo con sus brazos.

—¿Te da vergüenza que te vea? —preguntó desconcertado.

—Bueno... es que...

—No te había tomado por una mujer tímida.

—Es que estoy un poco gordita.

Antonio se echó a reír ante aquella confesión. Le parecía una estupidez que ella se tapase por ese motivo. Le encantaba su cuerpo generoso, además lo tenía muy bien formado para su gusto.

—Déjame verte y yo juzgaré.

Poco a poco dejó caer los brazos y sus senos quedaron expuestos a los ojos de Antonio. Él observó embobado sus grandes atributos, firmes y redondeados, coronados por unos pezones

rosados y erectos.

—Preciosos, magníficos y maravillosos —susurró al tiempo que los tomaba con ambas manos y los masajeaba con delicadeza, después agachó la cabeza y lamió un pezón y luego el otro mientras con las manos le desabrochaba el pantalón.

Antes de darse cuenta, Rosa estaba totalmente desnuda sobre la cama, Antonio se quitó lo que quedaba de su ropa rápidamente y se colocó sobre ella. Se apoderó de su boca al tiempo que colocaba su mano en el interior de sus piernas y subió lentamente hasta llegar a la zona íntima de Rosa haciéndola gritar de placer. Ella no recordaba que fuera tan increíble. Quizá era porque se lo estaba haciendo Antonio, solo Antonio era capaz de hacerla sentir de esa forma.

Rosa comenzó a mover sus caderas en torno a su mano y deseó darle el mismo placer que estaba recibiendo.

—¿Qué quieres que haga? —le preguntó jadeando y sin dejar de moverse.

—Disfrutar.

—También quiero que tú disfrutes.

—No sufras por eso, ya lo estoy haciendo.

—Pero ¿si no he hecho nada todavía?

Antonio alzó la cabeza, la miró a los ojos y le sonrió. Después, volvió a lo que estaba haciendo, se deleitó en el cuerpo de ella, besó cada centímetro de su piel, la tomó en brazos y rodaron por la cama acariciándose mutuamente.

Antonio se sacó la ropa interior, que era lo único que le faltaba y dio rienda suelta a su pasión. Se colocó sobre Rosa, rozó su abertura con su glánde erecto para después penetrarla sin vacilar.

Ella clavó las uñas en su espalda en cuanto lo sintió en su interior, grande, duro y caliente. Empezó a moverse al son del de su amante en una danza apasionada. Cualquier duda o inseguridad desapareció de su mente, en aquellos momentos solo podía pensar en el hombre que tenía sobre ella. Tanto sus besos como sus caricias eran dulces pero fogosas, Antonio había encendido todo su cuerpo y ahora solo deseaba sentir más y más.

Sin saber cómo, Rosa se vio sobre él moviéndose arriba, abajo y en todas direcciones. Los jadeos se intensificaban y sus pechos saltaban al son de su música. Antonio los agarró con ambas manos mientras extasiado la observaba bailar. Para no tener experiencia lo estaba llevando al límite, pensó él.

Dejó por un momento los pechos para bajar sus manos hasta el culo donde la agarró y presionó su cuerpo hacia abajo haciendo que su miembro llegara hasta el fondo de su intimidad. El baile pasional llegaba a su fin y con un último cántico al cielo llegaron juntos al clímax. Derrumbándose el uno junto al otro, entrelazaron sus cuerpos y esperaron recuperar el aliento.

Todavía se encontraban exhaustos cuando el servicio de habitaciones llegó con la cena. Ambos se levantaron de mala gana, ella se quedó en el baño mientras él recibía al camarero en la sala.

Rosa se había dado una ducha rápida y salió con el albornoz puesto. Se sentaron a la mesa y comenzaron a cenar. No se habían dado cuenta del hambre que tenían hasta dar el primer bocado. Estaban famélicos.

—Entonces... ¿vas a salir conmigo?

—¿Hace falta preguntar?

—Por mi parte no, pero no sé tus costumbres. Este pueblo me tiene desorientado.

—No me acuesto con el primer tío que se me presenta.

—Lo sé, no quise decir eso.

—Creo que entiendo lo que quieres decir y a mi parecer ahora como novios.

—Hemos logrado ponernos de acuerdo en algo.

—No en todo, pero solemos estar de acuerdo en muchas cosas. Por ejemplo, me gusta lo que estás haciendo en el hotel y con el personal.

—Gracias, Rosa. —Hizo una pequeña pausa mientras bebía vino—. A mí me gusta todo de ti, excepto que salgas con otros tíos, por lo demás me pareces maravillosa.

—Vaya, vas a hacer que me ponga como un tomate. Y lo del otro día fue una excepción, puedes quedarte tranquilo.

La cena continuó con una charla tranquila mientras se iban conociendo un poco más. Al acabar, Rosa recogió su ropa, que había quedado tirada por el suelo, y comenzó a vestirse.

—Quédate —le rogó Antonio en un tono muy suave.

Ello se quedó parada con la ropa en la mano mientras lo miraba boquiabierta.

—¿Toda la noche?

—Sí.

—Recién empezamos a salir. ¿Crees que es buena idea?

—No tengo la menor duda. Además nos conocemos desde hace varios meses.

Rosa pensó que Antonio tenía un aspecto muy dulce después de hacer el amor, le resultaría imposible poder negarle nada. Aunque la verdad era que a ella también le apetecía quedarse con él. Dormir juntos y amanecer juntos. ¡Dios mío! ¡Estaba enamorada!, pensó un tanto alarmada.

—Llamaré a casa —dijo un tanto nerviosa por su reciente descubrimiento.

Rosa cogió el móvil y marcó a su madre. Después de contarle una excusa para que no la esperara a dormir, tuvo que aceptar lo que le pidió a cambio. Estaba segura de que tenía ese sexto sentido que tienen la mayoría de madres.

—¿Qué ocurre? ¿Se ha enfadado? —quiso saber Antonio en cuanto ella dejó el teléfono sobre la mesa.

—No, es solo que... me ha dicho que, si pienso quedarme a dormir contigo tan seguido, sería buena idea que fueras a comer mañana y conozcas a mi padre.

—Muy perspicaz tu madre.

—Supongo que piensa que la otra vez también... bueno ya sabes.

—A mí no me importa que lo piense.

—Entonces ¿vendrás a comer? —repitió—. Si te parece bien, no es una obligación —agregó rápidamente.

—Me encantará conocer a tu padre.

—Gracias, Antonio.

—Ahora, ven a la cama.

Rosa caminó hacia él y se acurrucó a su lado. Esa noche tenían pensado hacer otra sesión de danza apasionada.

17. La felicidad



Un rayo de sol atravesó el cristal alcanzando los ojos de María Rosa. Con un gemido perezoso, los abrió. Se dio media vuelta y descubrió a su jefe dormido todavía, uno de sus brazos descansaba en su cintura como si no deseara que se alejase de él.

Se acercó a su rostro y besó tiernamente sus labios. Como respuesta sintió cómo apretaba su mano a la cintura de ella y la pegaba aún más a él inconscientemente.

Entonces, Rosa volvió a besarle mientras acariciaba su torso con la yema de sus dedos.

—Buenos días —la saludó él al despertarse y sentir las manos femeninas sobre su pecho.

—Buenos días, no quería despertarte.

—¿Querías tenerme a tu merced?

—No lo había pensado, la próxima vez...

—Eres una bruja perversa. —La cogió con las dos manos de la cadera y la sentó sobre él—. Haz conmigo lo que quieras.

Ella aprovechó su posición de mando para moverse sobre él y así excitarse los dos. Enredó sus dedos en el vello oscuro del pecho de Antonio, después se agachó y le mordió la oreja, el cuello y siguió bajando hasta su ombligo.

La respiración de Antonio se había vuelto rápida y entrecortada, Rosa lo estaba llevando al límite, quizá no era buena idea estar a su merced, pensó él.

Al llegar hasta la suave tela de los calzoncillos, Rosa levantó la vista para verle la cara.

—¿Sigo? —preguntó con una malvada sonrisa pues sabía la respuesta, los ojos de él no daban lugar a dudas.

—Si paras, me muerdo. Aunque no te prometo aguantar mucho.

Rosa se levantó ligeramente, con ambas manos deslizó su ropa interior hasta quitársela. Volvió a acoplarse sobre él, primero tomó su pene con la mano y después con su boca.

—Joder, Rosa—sollozó poniendo las manos sobre su cabello.

Ella siguió lamiendo de la base hasta la punta para después metérselo de nuevo.

—¿No decías que no tenías experiencia? ¿Dónde has aprendido a hacer eso?

—La televisión es muy didáctica —murmuró sobre su pene.

Como había anunciado Antonio, no aguantó mucho y rápidamente la cogió de la cintura y rodó para ponerse encima.

—¡Eh! —protestó ella riendo.

—Lo siento cariño, pero si te dejo más tiempo, te quedarás a medias.

Antonio tomó el mando del juego erótico con sus dedos y también con su boca. Él no sería el único que se volviera loco. Después la penetró despacio y fue acelerando sus embestidas, los preliminares anteriores adelantaron el dulce final y los dos llegaron hasta la cumbre rápidamente.

Exhaustos, permanecieron abrazados un buen rato más.

—Me gusta despertar a tu lado —dijo él algo más recuperado de la sesión matutina.

—A mí también.

—Creo que no sería difícil acostumbrarme a esto.

A Rosa le satisfizo aquella afirmación, pero debía ser realista, su recién estrenado amante se marcharía al acabar su trabajo en el hotel, nunca le había mentido respecto a ese hecho. Sin embargo, ahora eran pareja y él no se marcharía sin más ¿o sí?

Haciendo un gran esfuerzo, le preguntó:

—Cuando te vayas, ¿dónde irás?

—Espero que me den mi antiguo puesto en Madrid.

—¿Cómo director?

—Sí, allí tengo casa, amigos, mi familia...

—Entiendo, ¿y sabes más o menos la fecha en la que te irás?

—No, además, antes de marcharme tendrían que mandar a un sustituto. No puedo dejar el hotel así.

—Ah.

Los ojos color café de Rosa perdieron parte de su brillo. Su sonrisa se apagó y hasta le pareció que su piel se había vuelto más pálida, pensó Antonio. Algo le preocupaba, ¿sería su marcha? Muy probablemente fuera eso y en parte lo veía normal, acababan de iniciar su relación y no habían hablado del futuro todavía.

—¿Qué es lo que te preocupa?

—Nada.

—¿Crees que me iré y que te dejaré aquí sin mirar atrás? —indagó él para averiguar los miedos de María Rosa.

—Sé que ese día llegará, mejor estar preparada.

—Cuando llegue, vendrás conmigo.

—¿Quieres que vaya contigo?

—Si tú lo deseas, claro. —Antes de que ella pudiese contestar, él continuó—. Y si no quieres, te torturaré hasta que aceptes. —Dicho esto, se colocó sobre ella y comenzó a hacerle cosquillas.

Rosa se retorció riendo sin parar, estaba enamorada sin remedio de ese urbanita, no tenía la menor duda y no le dejaba opción alguna.

—Nunca he estado en la capital —afirmó ella.

—Te adaptarás estupendamente, igual que yo lo hice aquí.

—Bueno... tampoco estás tan adaptado.

Antonio fingió estar ofendido y volvió a su ataque de cosquillas. Podría acostumbrarse a eso, vaya si podría, pensó él riendo con su pastelera favorita.

Sobre las dos de la tarde, Antonio aparcaba su Audi frente a la casa de los padres de Rosa. A pesar de que no parecía nervioso, ella trató de animarlo.

—Mi madre ha hecho asado, te vas a chupar los dedos.

—Te creo, tu madre es una gran cocinera.

Al escuchar el ruido del coche, Pepe abrió la puerta para recibirles.

—Hola, tú debes de ser el famoso Antonio, director del Hotel Los Ríos —dijo tendiéndole la mano.

—¿Famoso? —contestó confuso estrechándole la mano.

—Medio pueblo habla de ti.

—¿De veras?

—El nuevo director que ha salvado el hotel y todos los puestos de trabajo de los que depende este pequeño municipio.

—Yo no diría tanto. —Antonio sintió como su rostro comenzaba a arder. ¿De verdad se había ruborizado?, se preguntó extrañado.

—Soy Pepe, el padre de Rosita, adelante —se presentó y lo invitó a entrar.

La comida transcurrió con normalidad, era evidente que Rosa era el ojito derecho de su padre, estaba muy orgulloso de su pequeña. El hombre le hizo infinidad de preguntas que Estela tuvo que cortar para que le dejase comer.

Tras ayudar a su madre a recoger la cocina y poner el lavavajillas, Rosa quiso enseñarle a su novio una de sus pasiones, la repostería.

Tanto su padre como su madre les habían dejado solos.

—Haremos «Rosas dulces con miel».

—No sé hacer ni un huevo frito.

—Yo haré la parte difícil, verás que será divertido y saldrá riquísimo.

Sacó un cuaderno que guardaba en el cajón de la cocina, pasó las páginas y señaló una receta.

—Aquí está.

—Necesitaremos: 2 docenas de huevos, 1 cucharada de harina por cada huevo, 8 cascarones de huevos llenos de aceite, miel y dos chupitos de aguardiente seco.

Antonio se colocó un delantal que ella le dio, que le estaba corto y que apenas pudo atárselo a la cintura.

—¿De qué te ríes? —inquirió él.

—Estás muy gracioso.

María Rosa preparó todos los cacharros necesarios y se pasaron la tarde cocinando. Bromearon, rieron, se ensuciaron, pero finalmente las Rosas de miel estaban hechas. Antonio casi saltó de alegría al ver la succulenta bandeja cargada con los dulces, tenía serias dudas cuando se puso a amasar que aquella mezcla saliese bien.

Tras media hora friendo en una sartén repleta de aceite, cosa que hizo ella porque era lo más difícil, ya estaban listas.

Una vez que se enfriaron, Rosa le permitió que fuera él quien las untara con miel. Sonriendo, cogió las rosas una a una y las fue pasando por un bol en el que ella había preparado la miel rebajada con un poquito de agua. Cuando al fin pudo darle un bocado, estaba que no se lo creía, había cocinado algo que se podía comer y además estaba delicioso.

Rosa rio al ver cómo una gota de miel resbalaba por la comisura de su boca.

—Buen trabajo —lo felicitó, después se puso de puntilla para lamer aquella gota dulce de su boca.

—¿Qué haces? Estamos en casa de tus padres.

—Te habías manchado de miel.

—Estás loca y pretendes volverme a mí también.

—Claro que no. Solo nos estamos divirtiendo.

—Nunca habría logrado cocinar sin ti.

—Te quiero —soltó ella de pronto.

El cosquilleo que aquellas dos palabras produjeron en el cuerpo de Antonio, le hicieron sentir el hombre más afortunado de la Tierra. Todavía no se creía que una mujer tan auténtica como ella

le quisiese a él, un hombre que exigía demasiado y que perdía los nervios fácilmente. A veces ni él mismo se soportaba, pero ahí estaba Rosa, sonriéndole, queriéndole.

—Yo también te quiero, Rosa —se escuchó decir sin haberlo pensado siquiera.

Después de la confesión sellaron aquellas palabras con un beso tan profundo que les dejó temblando y con ganas de volver a la suite. Ella quería aprovechar cada segundo para poder tocarlo, mañana tornarían a la rutina del trabajo y no sabía cuándo podría volver a hacerlo.

—Ya vale, entrarán tus padres.

—Estás mucho más dulce que de costumbre —comentó lamiéndose los labios.

—Será por la miel y no hagas eso.

—Quizá un día podríamos llevarnos esto a la suite —dijo señalando el tarro dulce.

—Joder, Rosa. Ahora tendré que quedarme en la cocina hasta que se me pase.

Ella observó la protuberancia que asomaba por sus pantalones y rio a carcajadas. En aquel momento se dio cuenta de lo enamorada que estaba de aquel hombre, ese sentimiento crecía con cada día que pasaba.

18. La orden



—Buenos días, Luis.

—Hola, Rosita. —El recepcionista apoyó los codos sobre el mostrador y sonrió burlón—. Vamos, suéltalo.

—¿El qué?

—Te estás tirando al nuevo director.

—¡No lo digas de ese modo!

—Pero lo estás haciendo ¿verdad?

—Estamos saliendo. Somos novios.

—Pues no te fugues con él como hizo la otra secretaria con el otro jefe. —Tras decir esto rio a carcajadas.

—Qué tonto eres —contestó un poco molesta.

Sería curioso que se repitiera la historia, pensó Rosa. Cuando se enteró de lo ocurrido con el anterior director le pareció de lo más romántico, aunque algunos en el pueblo lo criticaron mucho por haber abandonado el hotel, que es el sustento de muchas familias. Pero eso no iba a ocurrir en esta ocasión. No tendría la necesidad de fugarse porque Antonio ya le había pedido que se fuera con él y sus padres no iban a oponerse si esa era su felicidad. Tampoco iban a abandonar el hotel, se marcharían cuando Antonio tuviese un sustituto.

—Un tío rico, listo... has tenido buen ojo, Rosita. —Luis seguía molestándola de forma cariñosa.

—¡Cállate! Y no se te ocurra andar de chismoso por ahí, ya sabes lo que piensa Antonio sobre eso.

—Siempre y cuando me prometas que no te volverás tan sosa y malhumorada como él.

—Eso nunca, además, estos últimos días anda de muy buen talante.

—Seguro que se debe a ti.

—No lo creo, es que el hotel está marchando bien y eso lo pone muy contento.

Sonó el teléfono de recepción y Luis fue a cogerlo, Rosa aprovechó para dejar a su amigo y acudir a su puesto de trabajo. Miró el reloj, ya eran las nueve y diez, si no hubiese sido porque Luis la entretuvo, esta vez sí habría llegado a tiempo. En fin, por la puerta había entrado a su hora así que eso ya contaba, se dijo alegre a sí misma.

—Hola —saludó ella al entrar en la oficina.

—Buenos días, preciosa —respondió acercándose a ella, la tomó por la cintura y le estampó un beso que la dejó hecha gelatina.

—Vaya...

—Gracias —dijo Antonio de forma presumida—. Pero esto no quiere decir que puedas seguir llegando tarde.

—Creí que no te habías dado cuenta. Además, sí llegué a tiempo solo que me entretuve con Luis en la recepción.

—Lo que pasa es que desde ayer he estado contando las horas y minutos que faltaban para verte.

—Qué romántico... No sabía que podías ser así. —Rosa se sonrojó ligeramente—. Yo también tenía ganas de verte.

—He pensado que deberías quedarte conmigo todas las noches, estoy seguro de que así serías puntual.

—¿Me estás pidiendo que viva contigo solo para llegar pronto al trabajo?

—¿Por qué si no? —rió al ver su cara de indignación.

—Eres un canalla.

Antonio volvió a cogerla por la cintura, esta vez la levantó y ella lo envolvió con las piernas cruzadas en su espalda.

—Si seguimos así, no haremos nada laboral hoy —lo regañó Rosa.

Él la deslizó por su cuerpo hasta que sus pies volvieron a tocar el suelo. Le dio un rápido beso en los labios y fue hasta su mesa.

—Eres toda una tentación. —Empezó a teclear el ordenador—. Quizá hoy nos llamen de Madrid, ya deben haber analizado el balance.

—Seguro que esa llamada será para felicitarte.

—No es para tanto.

La mañana transcurrió con bastante tranquilidad, hoy tenían poco trabajo después de las horas extras que habían hecho la semana anterior. Mientras Rosa tecleaba y ordenaba papeles la vista se le iba de vez en cuando hacia el otro escritorio donde su amante trabajaba concentrado frente a la pantalla de su ordenador. Se le veía tan serio que jamás habría imaginado que tuviese facetas juguetonas y bromistas. Le asustaba ese futuro que le esperaba en una gran ciudad desconocida sin embargo la asustaba más separarse de él. Marcharse de Los Ríos sería como empezar una aventura nueva y deseaba hacerla con Antonio. Echaría de menos a sus padres y amigos, pero en vacaciones viajarían al pueblo y los visitarían.

Justo antes de marcharse para comer, Rosa atendió la llamada que Antonio había esperado con tantas ansias.

—Hotel Los Ríos, dígame. Ahora mismo le paso. —Tapó el auricular con la mano—. Es la secretaria del señor Matías.

Antonio se apresuró a coger el teléfono que tenía en su propio escritorio. Carraspeó para aclararse la voz y sin ser consciente, hasta se arregló la corbata. Rosa lo miraba riendo.

—Hola, sí, espero. —Pasados unos pocos segundos, Matías contestó.

—¿Qué tal mi chico favorito?

—Estoy bien, gracias. ¿Recibió mis informes?

—Sí, de eso quería hablarte.

—Si ha estudiado mi balance verá que...

—Todos los socios hemos estudiado el balance —lo interrumpió Matías—. Tuvimos una reunión anoche. Era bastante tarde así que nos volvimos a reunir esta mañana para verificar nuestra decisión.

—¿Y bien? —preguntó satisfecho consigo mismo pues era consciente de su buen trabajo y los resultados eran magníficos.

—Has gastado mucho en publicidad y márketing.

—Bueno... —vaciló al no esperarse esa respuesta—. El hotel lo necesitaba para ser visible en redes sociales.

—Y has contratado más personal.

—El hotel no estaba dando los servicios de uno de cinco estrellas. Lo consideré necesario también.

—Con todos estos gastos extra no hemos recibido los beneficios esperados.

—Es normal, acabo de hacer los cambios. Pero tenemos reservada toda la temporada, en un plazo de cinco o seis meses lograré esos beneficios.

María Rosa escuchaba cada palabra de Antonio con gran interés, al parecer las cosas no estaban tan bien como ellos dos habían imaginado. Solo esperaba que todo eso no le causara problemas graves a Antonio. Había trabajado tanto... se merecía una felicitación no una regañina. Sin conocer a ese Matías, ya le cayó mal.

—Mientras no genere pérdidas —continuaba hablando el director—, creo que podemos esperar a...

—No, Antonio. —Matías no lo dejó acabar—. La decisión ya está tomada, lo hemos meditado mucho y cerraremos el hotel.

—Pero no es necesario tomar medidas tan drásticas. ¡He trabajado muy duro para sacarlo adelante!

Rosa abrió la boca asustada, ¿qué había querido decir él con medidas drásticas? ¿Acaso pensaban despedir gente o cerrar el hotel?

—No te echamos la culpa, quédate tranquilo. Mandarte allí solo fue un último intento por ver si lo grábamos levantarlo, hace mucho que nos planteábamos cerrarlo.

Antonio levantó la vista y la clavó en Rosa, ¿qué sería de ella? ¿De toda la gente que dependía de este trabajo? Recordó a cada uno de los trabajadores del hotel, era la primera vez que recordaba todas sus caras y nombres por ser pequeño. Recordó también la alegría y el buen humor que todos tenían en Los Ríos, si les quitaban su trabajo...

—Señor Matías, piense en el pueblo, en su gente, necesitan el hotel y los puestos de trabajo que da.

—Si pensara en la gente no habría llegado a poseer una cadena hotelera.

—Todas las familias tienen, al menos, un miembro trabajando aquí y tanto el restaurante del pueblo como otras tiendas se benefician de los huéspedes que se quedan en el hotel.

—Ese no es nuestro problema y tampoco debería ser el tuyo, tu antiguo puesto en Madrid te está esperando. ¿Acaso ya no lo quieres?

—¿De veras? —preguntó sorprendido, pues nunca tuvo esperanzas de que se lo guardasen aunque sí esperaba uno similar.

—Sí y nada de traslados, podrás establecerte como tú querías.

Al parecer ya habían tomado una determinación y no iban a cambiarla, al menos podría volver a su puesto. Decidió no insistir y no ponerlo en peligro.

—De acuerdo, si no va a cambiar de opinión...

—Buen chico, al acabar la temporada anunciaremos el cierre.

Colgó, se sentó en su escritorio sin decir nada y colocó sus manos sobre la cara. Esto era una tragedia, tanto trabajo para nada y, además, la gente de allí lo iba a crucificar. Solo una cosa buena salía de aquello, volvería a la capital y lo haría con María Rosa.

—¿Qué es lo que ha pasado? Quieren cerrar el hotel, ¿verdad? —inquirió ella.

—Sí —respondió sin levantar la cabeza y sin apartar las manos de su rostro.

—¿Le has explicado que no puede hacer eso?

—Has oído todo lo que he dicho, no he podido convencerle.

—Entonces, ¿cerrará?

—Al acabar la temporada.

—Deberías llamar a los socios, hablar con ellos, uno a uno si es necesario.

—No voy a hacer eso.

—¿No deseas salvar el hotel?

—Lo he intentado, Rosa.

—No lo suficiente.

—Matías me ha ofrecido mi antiguo puesto, si insisto y doy problemas puedo perderlo. No lo arriesgaré.

—¿Eso es todo lo que te importa, tu estúpido puesto! —Rosa estaba fuera de sí, jamás se había sentido tan enfadada e impotente.

—Es mi vida.

—¿Y la vida de los habitantes de este pueblo? Sabes tan bien como yo que la gente se marchará si no hay empleo y Los Ríos morirá.

—Eso es el peor de los casos.

—Eres como ellos.

—¿Qué quieres decir?

—Que eres igual a tus jefes, un urbanita pijo sin sentimientos.

—¿Cómo puedes decirme esto después de todo lo que hemos trabajado juntos?

—No lo soporto.

Dio media vuelta, cogió su chaqueta, el bolso y con un fuerte portazo abandonó la oficina dejando a Antonio boquiabierto y sin entender que las cosas hubieran llegado hasta ese punto.

19. La decepción



En cuanto llegó a casa, corrió hasta su habitación y se encerró allí para desatar su pena sobre la almohada. Lloró de impotencia, de decepción, de tristeza. Había pensado que Antonio era un hombre íntegro que se preocupaba por la gente, pero no, resultó ser como todos los demás.

Pasaron varias horas sin querer hablar con su madre, que lo había intentado varias veces, tampoco quiso probar bocado, tenía un doloroso nudo en el estómago que le impedía hasta respirar.

Ya había caído la noche cuando Estela volvió a intentarlo, además su madre quería comentarle algo que creía muy importante. A pesar de que su hija no había dicho ni media palabra de lo que ocurría, ella sabía que tenía que ver con el director del hotel. Habían tenido una pelea muy gorda, estaba segura.

—Cariño, te traje la cena —dijo desde el otro lado de la puerta.

—¡No tengo hambre!

—Pero tienes que comer algo o desfallecerás. —Al no recibir respuesta, optó por entrar, ya la había dejado demasiado tiempo sola y no iba a dejar que cayera enferma—. Voy a entrar —la avisó.

Estela encontró un bulto enmarañado sobre la cama, dejó la cena en el escritorio, junto a la ventana, y se sentó sobre el mullido colchón, a su lado.

—Antonio ha llamado varias veces —le contó mientras acariciaba su cabello enredado.

—¿Sí? —contestó un tanto incrédula, después de cómo se despidió de él no esperaba que la llamara.

—Sí, deberías hablar con él.

—Nunca.

—¿Qué ha pasado?

—Que solo piensa en sí mismo.

—No lo creo, es bastante evidente que se preocupa por ti.

—Solo le preocupa mantener su estúpido puesto en la capital.

—¿Es eso lo que te tiene así? ¿Qué se marcha?

—Oh, mamá. —Se incorporó y abrazó a su madre—. ¡Va a cerrar el hotel!

—Si dijiste hace unos días que todo iba bien.

—Eso decía Antonio.

—Será una tragedia para todo el pueblo.

—Eso mismo le dijo yo, pero no va a hacer nada para impedirlo.

María Rosa rompió en llanto pensando en su tía Carmen, Luis, Manuel y todos los que dependían de ese trabajo.

—Cariño, no creo que después de tanto que ha trabajado permita que cierren el hotel sin

luchar.

—No sé, mamá, me he sentido tan decepcionada.

—Debes hablar con él, insisto. Llámale o ve mañana al hotel, quizá haya cosas que nadie pueda evitar. Tal vez no está en sus manos la decisión final.

Ella recordó la conversación que Antonio mantuvo por teléfono y sí, parecía que lo había intentado, hasta había hablado de la gente del pueblo, sin embargo...

—Mañana hablaré con él, esta noche necesito pensar.

—Rosita, el amor no es siempre un camino de flores y arco iris, también es comprensión, respeto y apoyo mutuo. ¿Has pensado que él podría estar pasando por un mal momento?

—No pensé en eso.

—Recuerda que debes estar a su lado en lo bueno y en lo malo.

¿Tendría su madre razón? Al fin y al cabo, mantener el hotel abierto no dependía de Antonio, él no era el jefe de la cadena.

—Gracias, mamá.

—Ahora cena y descansa. —Le dio un beso en la frente y salió del cuarto.

La noche fue tormentosa, sus pensamientos se contradecían una y otra vez. En un principio había creído que él no era más que un hombre rico, de esos que solo le importan las ganancias. Pero la razón y el corazón le decían que no, que era un hombre bueno, preocupado por su bienestar y que si la gente perdía sus empleos no le era indiferente. De hecho, había contratado más personal.

Si su madre tenía razón, como sospechaba, había sido totalmente injusta con él. Mañana volvería al hotel y trataría de mantener una conversación tranquila, sin alterarse y le haría caso a su madre, le apoyaría en lo que fuera. Y si era imposible rescatar el hotel, pues tenía que aceptarlo por muy triste que fuese.

Con el optimismo al cien por cien, entró en el hall del hotel. Hoy aclararía las cosas con Antonio y todo se solucionaría. Estaba deseando subir a la oficina que habían compartido estos meses y abrazarle, eso sería lo primero, después hablarían y, sobre todo, lo escucharía.

Miró su reloj, eran la nueve y cuarto, otra vez llegaba tarde, sonrió con tristeza. Estaba claro que hasta que no vivieran juntos, no lograría ser puntual. O quizá fuera ella la que le llevaría por el mal camino y le hiciera llegar tarde todos los días, ese último pensamiento la alegró sobremanera.

Se acercó al mostrador y saludó a Luis con un intento de sonrisa. Hasta que no viera a Antonio no estaría tranquila.

—Lo siento mucho, Rosita —fue la contestación de Luis a su saludo.

—¿Por qué? —preguntó desconcertada sin entender esas palabras.

—Por lo del director.

—¿Qué? ¿Le ha ocurrido algo? —Ahora sí estaba preocupada, si le había pasado algo malo, se moriría. ¿Sería culpa suya?

—Así es.

—¡Qué! ¡Vamos! ¡Habla! —gritó agarrando a Luis por los hombros y zarandeándolo.

—Vale, vale. Esto... eh... se marchó a primera hora.

—¿Se ha ido?

—Sí, cargaba con dos maletas grandes, así que imagino que no va a volver o que tardará mucho en hacerlo.

—¿Te dijo adónde iba?

—No.

—¿Y no te ha dicho nada, de nada?

—Dijo «Adiós», así sin más.

El mundo se derrumbó bajo sus pies. ¿Qué significaba que se hubiera marchado? El día anterior la había llamado varias veces, según su madre, pero ella había rehusado hablar con él. ¿Sería esa la razón de su ida? ¿Se habría enfadado tanto que ya no quería saber nada ni de ella ni del hotel?

No, no podía creer que fuera eso, debía haberse marchado por otro motivo más importante. Una discusión de enamorados no le haría huir.

María Rosa rebuscó en su bolso y sacó el móvil, marcó el número de Antonio y esperó. La respuesta no se hizo de rogar: «La persona a la que llama no está disponible en este momento, deje su mensaje después de la señal».

Vaya su suerte, colgó sin dejar mensaje porque quería hablar directamente con él. Volvería a llamarlo más tarde, necesitaba una explicación porque sabía que había una, tenía que haberla.

Subió hasta la oficina y se puso a trabajar como siempre, aunque el director se hubiese ido, el hotel debía seguir funcionando con normalidad. Y mientras no cerrasen definitivamente, ella no abandonaría.

A media mañana, se dio cuenta que no había rendido ni la mitad de lo que solía hacer cuando estaba Antonio. A cada rato su mente viajaba su jefe y se preguntaba: ¿Qué estaría haciendo en ese momento? ¿En qué estaría pensando? ¿Estaría enfadado con ella? ¿Todavía la amaba?

—María Rosa. —Su tía interrumpió su ensimismamiento.

—Hola, tía. ¿Sabes lo de Antonio?

—Sí, hablé con él esta mañana.

Nada más escuchar esas palabras, Rosa dio un salto de la silla y se precipitó hacia su tía. La cogió de las manos y se las apretó.

—¿Y hasta ahora vienes a decírmelo? ¿Qué fue lo que te dijo? ¿Por qué se ha ido? ¿Dónde está? ¿Cuándo va a volver?

—Vale, vale... No he venido a hablarte del director, pero si tanto te interesa...

—¡Pues claro que me interesa!

—Me dijo que habían surgido algunos problemas y debía marcharse. No sabía cuándo volvería, que siguiésemos trabajando como siempre.

—¿Nada más? —Al parecer Antonio no había comentado que los socios deseaban cerrar el hotel. Quizá había ido a solucionarlo todo, pensó con una sonrisa. Qué tonta había sido, seguro que era eso. Lo mejor era no preocuparse. En cuanto acabase la jornada, lo llamaría otra vez.

—No, lo siento. —Tocó la mejilla de su sobrina—. Corre el rumor de que salías con él, ¿es cierto?

—Bueno... sí. Hace muy poco que estamos juntos, ayer discutimos y hoy no está, por eso estaba tan preocupada.

—Seguro que vuelve, cariño.

—Es que... puede que cierren el hotel y entonces no volverá.

—¿Cómo dices?

—Fue por eso que discutimos, tía.

A pesar de que la cara de su tía había cambiado por completo, su voz sonó alegre.

—No demos nada por sentado, Rosa. Hay que ser positiva y esperar a que el director vuelva y nos cuente.

—De acuerdo, mejor no digas nada de esto. No quiero alarmar a nadie innecesariamente.

María Rosa intentó sonreír, pero su boca tan solo formó una mueca. Ella siempre había sido positiva y despreocupada, sin embargo, en estos momentos no se reconocía a sí misma. Antonio se fue sin despedirse, aunque pudo haber sido culpa de ella por no haber respondido al teléfono. De todas formas podría haber pasado por casa, pero no había sido así y ahora, posiblemente, el hotel cerrase. Todos acabarían en la calle, el pueblo moriría y ella jamás volvería a ver al amor de su vida.

Tal vez estaba siendo demasiado dramática, sin embargo le era imposible pensar de otra forma por mucho que su madre o su tía le dijese que debía esperar.

20. La propuesta



Nada más entrar en la capital, Antonio condujo su coche en dirección a las oficinas de la cadena hotelera. No había podido avisar a su jefe que llegaba porque su móvil se había quedado sin batería, con las prisas olvidó cargarlo. Esperaba que tuviese tiempo de recibirle porque ni siquiera había comido y no podría hacerlo hasta hablar con él y solucionar el problema con el hotel.

Pudo aparcar en el parking del edificio gracias a su tarjeta de empleado, tomó el ascensor y pulsó la última planta. Al llegar, se dirigió a la oficina de Matías, su secretaria estaba en su mesa como siempre.

—¿Está el señor Matías?

—¿Tiene cita?

—No, pero es urgente.

—Si no tiene cita...

—Vamos, Clara, me conoces, me has visto un montón de veces por aquí.

La secretaria soltó el aire despacio y con comprensión.

—Le avisaré, Antonio. Tome asiento.

Él le agradeció con un gesto de cabeza, pero prefirió quedarse de pie, estaba demasiado nervioso como para estar sentado.

Caminó de un lado a otro pensando qué le iba a decir, en realidad no tenía ni idea. Había ensayado mil discursos diferentes en su cabeza desde que se enteró que cerrarían el hotel y ninguno de ellos le había convencido.

Pensó en la última vez que había visto a María Rosa, jamás iba a perdonarle si no conseguía salvarlo. No podía olvidar sus lágrimas, sus ojos de decepción... nunca nadie le había mirado así y no lo soportaba. Jamás se había visto en una situación parecida, pero era el mejor en su trabajo ¿no? Tenía que conseguirlo, por Rosa y por toda esa gente loca de aquel pueblo raro. Se merecían una oportunidad y estaba convencido de sacarlo adelante, de dar grandes beneficios. Solo le quedaba convencer a su jefe y a toda la Junta Directiva.

—Ya puedes pasar —lo avisó Clara interrumpiendo sus divagaciones.

Se lo agradeció con un simple gesto y una sonrisa. Antonio entró en la oficina y se encontró a un Matías muy sorprendido de verle allí.

—Muchacho, no te esperaba por aquí tan pronto —comentó el presidente de la cadena en cuánto lo vio—. Si me hubieses dicho que venías habría reservado una comida juntos.

—Tiene que haber algo que podamos hacer —soltó Antonio sin tan siquiera saludar a su jefe.

—Todavía insistes en lo mismo ¿eh?

—He trabajado muy duro y esas personas...

Antonio no pudo acabar la frase, caminó de un lado a otro, nervioso, pensando qué argumentos

utilizar para poder convencer al Sr. Matías.

—No te esfuerces más, ya está decidido.

Aquella tajante frase le hizo ver que por mucho que dijese nada iba a conseguir, el Sr. Matías iba a cerrar el hotel y él no podría hacer nada para impedirlo. Jamás había fracasado en nada, sin embargo era justo como se sentía. Tendría que regresar a Los Ríos y anunciar la triste noticia, los empleados se lo comerían vivo y Rosa... no estaba seguro de qué haría Rosa.

Se pasó las manos por el pelo y resopló con fuerza. Algo tenía que poder hacerse, por más que su mente le decía que se rindiera, su corazón se lo impedía. De pronto, una loca idea pasó por su cabeza. ¡Esa era la solución! Arriesgada pero era una solución.

Dejó de pasearse de un lado a otro y se paró frente al escritorio donde su jefe lo miraba con cierta lástima.

—Lo compro.

—¿El qué?

—El hotel.

—¿Estás loco? —preguntó de forma retórica y dibujando una sonrisa en su cara. Al ver que Antonio seguía muy serio dejó de reír—. Veo que estás muy seguro de lo que dices.

—Así es.

—¿Podrás con los gastos?

—Venderé el ático que tengo en Madrid y pediré un préstamo.

—Necesitarás un buen aval.

Maldita sea, el Sr. Matías tenía razón, sin un buen avalista el banco no le concedería un préstamo de tal magnitud. Sus padres le firmarían sin dudar, pero no sería suficiente.

—Supongo que ha sido una idea tonta que se me acaba de pasar por la cabeza —dijo cabizbajo.

—No es una idea tonta, sabes muy bien lo que haces. —Matías se puso en pie, rodeó el escritorio para colocarse a su lado—. Yo lo haré.

Antonio levantó la cabeza de golpe lo miró agrandando los ojos.

—¿Está diciendo lo que yo creo?

—Sí, muchacho, yo seré tu aval. Creo en ti y lo que más voy a lamentar es perder a mi mejor director.

Antonio hizo lo que jamás habría hecho si no hubiese pasado tanto tiempo en Los Ríos, se lanzó sobre el Matías y lo abrazó.

—Está bien, hijo. —Le dio unas palmaditas en la espalda—. Creo que has pasado mucho tiempo en ese pueblo. Parece que todas las personas que pasan allí un tiempo hacen cosas inesperadas.

—Supongo que sí. Gracias, Sr. Matías. No se arrepentirá.

—Lo sé, vi el balance y a pesar de que a la cadena no le interesa, conseguirás beneficios.

En cuanto Antonio salió del edificio se dispuso a realizar todas las gestiones necesarias para poder comprar el hotel. Había estado tentado de llamar a María Rosa, pero se contuvo, sería mejor darle la sorpresa. Ya que ella había desconfiado de él, tenía ganas de ver su cara cuando se enterara de sus planes y después... después... le pediría que se casara con él.

Pasó a ver a sus padres que estuvieron encantados con el cambio que vieron en su hijo. Le apoyaron en su nuevo proyecto y estaban deseando conocer a la mujer que había logrado que el urbanita de su hijo se fuera a vivir a una zona rural. Ni ellos mismos lo podían creer cuando lo escucharon de boca de Antonio. Por nada del mundo se perderían la inauguración. Además,

siempre habían pensado que la capacidad de Antonio le iba a llevar muy lejos, se sentían muy orgullosos de que fuera a tener su propio hotel.

Pasaron varias semanas sin tener noticias de Antonio. En el hotel todo funcionaba como siempre, su tía se encargaba de ello y ella misma no había dejado de ir a trabajar. La alegría que la había caracterizado tiempo atrás había desaparecido, sin embargo, María Rosa se prometió que la recuperaría, aunque fuera sin Antonio. Debía hacerse a la idea de que lo había perdido, ya que no había contestado a ninguno de sus mensajes ni devuelto las llamadas. Hasta había pensado en viajar a la capital, pero no se sintió capaz y además tampoco deseaba humillarse ante él. Si se había marchado de esa forma, aunque la culpa fuese de ella, tendría que haberle dado la oportunidad de hablar. Si no lo había hecho era porque no la quería tanto como había creído.

Aquella mañana entró al hotel cargada con una cesta de pasta de piñones. Cocinar siempre la había ayudado cuando estaba preocupada, aunque esta vez no le había servido de mucho, al menos los saborearía aunque a este paso se pondría como una vaca.

—Hola, Luis. Mira lo que hice. —María Rosa levantó la cesta, la destapó y le ofreció una al recepcionista.

—Tienen una pinta deliciosa, me encantan los piñones.

—También se puede hacer con almendras, la próxima vez los haré así.

—Sí por favor, nos vendrá bien para las malas noticias que tenemos.

—¿Qué malas noticias?

—¿Todavía no lo sabes, Rosita?

—Vamos, habla.

—La cadena ha vendido el hotel.

—¿Qué?

—Llegó un fax a primera hora informándonos que el nuevo dueño pronto aparecerá y hará grandes cambios. ¿Te lo puedes creer?

—¿De verdad? Al menos no lo van a cerrar. —No es que la noticia le entusiasmara porque no tenía ni idea de qué haría el nuevo jefe, sin embargo, debía alegrarse por no cerrarlo.

—Pero Rosita, ¿y si nos despiden a todos?

—¿Por qué iban a hacer eso si desean mantener el hotel abierto?

—¿No recuerdas cuando llegó Antonio? Siempre estaba enfadado con nosotros. Si este jefe viene de Madrid, tampoco nos querrá.

—Antonio no despidió a nadie.

—De puro milagro, pero nos abandonó. Seguro que ya sabía que venderían el hotel y por eso se fue y no nos dijo nada.

Sí, era cierto, Antonio los abandonó después de haber trabajado tanto para lograr las metas impuestas. Después de haber luchado juntos por el hotel, después de haber compartido la cama y sus sueños, se había marchado. Todavía le costaba asimilarlo.

—Tengo una idea —soltó ella un tanto ilusionada con su ocurrencia.

—Di Rosita.

—Cuando ese nuevo dueño aparezca, nosotros le compraremos el hotel.

—¿Te has vuelto loca? No es una bicicleta, no podremos pagarlo.

—Si nos asociamos todos los empleados, tal vez sí.

—Eres única, Rosita.

—Gracias, avisaré a mi tía que convoque una mega reunión. Ese dueño no podrá resistirse a nuestra oferta.

María Rosa corrió hacia las cocinas donde siempre encontraba a su tía repasando cosas con el personal. Esquivó a camareros y ayudantes de cocina con cierta torpeza que casi hace caer de espaldas a más de uno.

Al fin llegó hasta su tía casi sin aliento.

—Rosita, respira —le aconsejó al verla fatigada.

—Tengo una gran idea.

—¿Qué locura se te ha ocurrido?

—No es ninguna locura. Le compraremos el hotel al nuevo dueño entre todos los empleados.

La mujer permaneció muda al escuchar la propuesta, se había quedado corta con llamar locura a la idea de su sobrina. Sin embargo, a su alrededor comenzó a escuchar los vítores. Al parecer a los empleados que la oyeron les gustó la idea.

—Vaya, hay más de un loco suelto. —Tras un largo suspiro añadió—: Está bien, se lo diremos a todo el personal para ver con cuánta gente contamos y le haremos la propuesta al jefe el día de la inauguración.

—¿Hay día de inauguración?

—Así es. Anoche me llamó el gestor que lleva todo el papeleo y quiere una gran fiesta para recibir al dueño por todo lo alto dentro de dos semanas.

—Genial, tenemos dos semanas para preparar la fiesta y una propuesta que no pueda rechazar.

—Y tú serás la indicada para ofrecérsela.

—Por descontado.

21. Las minimagdalenas



Faltaban dos días para la inauguración y María Rosa ya tenía todo pensado. Dieciocho de los empleados estaban dispuestos a ser sus socios y comprar el hotel. De temas legales no tenía ni idea, pero para qué meterse en esas sin haber hablado todavía con el nuevo dueño. Seguramente sería un hombre de unos sesenta años con veinte hoteles más en su haber, ¿para qué iba a querer este pequeño edificio rural? Sería un buen argumento para comenzar, pensó ella.

Sus padres opinaban que se estaba embarcando en una chifladura, que lo que debería hacer era montar su propia pastelería, que sería más feliz. Por un lado, tenían razón, adoraba la repostería, pero no podía dejar que su tía, sus amigos y demás gente del pueblo se quedasen sin empleo porque si eso pasaba, todos se marcharían y tampoco tendría a nadie que entrase a su pastelería.

Como fuese debía convencer a ese hombre de que no necesitaba un hotelito en un pueblo perdido como Los Ríos.

Su tía se había encargado del catering, la música y la decoración. Ella poco le había podido ayudar en eso ya que no sabía nada. Nos obstante, pensaba hornear unas magníficas mini magdalenas para meterse en el bolsillo al jefe. De pronto recordó cómo Antonio no había podido resistirse a sus dulces y rio tristemente.

Sacudió su cabeza y se quitó la cara de Antonio de la mente. Se había marchado y ya era tiempo de olvidarlo. Esa misma tarde se marcharía a la ciudad y se compraría un vestido impresionante. Pensaba triunfar la noche de la inauguración.

A cientos de kilómetros de Los Ríos, un hombre se pasaba el teléfono de mano, encendía la pantalla y la volvía a apagar. Había pasado demasiado tiempo sin verla, sin hablar con ella. Quería darle una sorpresa y una lección por no haber confiado en él. Ese era el motivo por el que no había querido contestar a sus llamadas ni mensajes estas últimas semanas. Sin embargo, el castigo lo estaba viviendo él en su propia carne. Solo faltaban dos días, debía aguantar dos días más y la tendría entre sus brazos. Sí, la tendría entre sus brazos, se repetía para convencerse a sí mismo, ya que perderla para siempre no era una opción que considerase.

Su disgusto solo fue un malentendido por falta de confianza, pero después de verla y hablar con ella, no dejaría que nada parecido volviese a ocurrir.

Antonio guardó toda la documentación que debía llevar al pueblo y comenzó a preparar la maleta. Era preferible hacerlo con tiempo por si necesitaba comprar algo, así le daría tiempo. Le gustaba ser previsor, además, en Los Ríos no encontraría ni la mitad de cosas que le gustaban. Tenía que hacerse a la idea de que si vivía allí tendría que viajar a la ciudad más próxima muy a menudo.

Sin poderlo evitar, recordó la aventura que vivió con María Rosa cuando el coche los dejó tirados y se rio a carcajadas. Era adorable, sin duda, adorable.

Cuando cerró la maleta, miró a su alrededor. Le había gustado mucho ese piso cuando se lo compró, pero ya había hecho su papel. Esa misma tarde su padre se encargaría de entregar las llaves al comprador. Sin embargo, no le daba tanta pesadumbre como había imaginado. Una nueva etapa comenzaba en su vida y no la haría solo.

La noche esperada había llegado. Los invitados se agolpaban a las puertas del hotel a la espera de que les dieran la entrada. Excepto a los empleados que les había tocado trabajar, por sorteo, todos los demás estaban invitados. También había gente muy encorbatada que debían ser importantes para el hotel, pensó ella.

María Rosa miraba desde dentro junto a su tía intentado averiguar cuál podría ser el nuevo jefe. Lo más seguro es que no fuera ninguno de ellos, tendría demasiada clase para estar fuera a la hora justa. Llegaría elegantemente tarde.

—Ya son las ocho, hagámosles pasar para el cóctel —le dijo Carmen a su sobrina con una sonrisa y un empujón para que fuese delante de ella.

—Vamos allá, la operación «Compra del hotel» ya está en marcha.

—Contrólate, Rosita.

María Rosa dio paso a los primeros invitados, que no eran más que los empleados del hotel. Les pidió que la siguieran hasta el salón, mientras tanto, su tía esperaba a los encorbatados para acompañarlos y empezar a hablarles del manejo del hotel. La de su tía también era una buena táctica para que no despidiesen a nadie si su plan fallaba.

Una vez en el salón, varios camareros comenzaron a pasar bandejas con el cóctel de bienvenida. Había canapés muy elaborados, distintas clases de vinos y refrescos.

María Rosa no pudo probar nada porque los nervios se la estaban comiendo viva. Cuando vio a su tía acompañada de varios hombres, se fijó muy bien en ellos hasta que uno le llamó, con diferencia, la atención.

Llevaba un traje gris marengo, camisa azul y corbata del mismo color. Era muy elegante a la vez que moderno. Su cabello algo canoso y su rostro maduro le indicaban que tendría entre cincuenta y cincuenta y cinco años. Debía ser él, encajaba perfectamente con el perfil que ella se había dado del nuevo dueño del hotel. Era bastante guapo para un hombre maduro, le recordaba a alguien. Quizá a algún actor de cine, se dijo.

Sin perder un segundo se lanzó a por él.

—Hola, soy María Rosa.

—Buenas noches, me llamo Gustavo. —El hombre le tendió la mano y ella no dudó en estrechársela.

Su tía estaba inmersa en una conversación con un hombre y una mujer muy distinguida y ni cuenta se dio de la maniobra de su sobrina. Mejor, pensó ella, si no estaba segura que le regañaría.

—Acompañeme, quiero que pruebe unas mini magdalenas que son exquisitas.

Gustavo levantó las cejas un tanto extrañado por aquella proposición, miró hacia atrás y le hizo un gesto a alguien y la siguió encantado.

—Me encantará probarlas.

—Ya lo creo que sí. —Sortearon a la gente y se dirigieron hacia una mesa colocada en un lateral del salón. Antes de llegar, María Rosa empezó su ataque—. Verá, este es un hotel magnífico en un pueblo con muy buena gente, sin embargo, no es para personas de ciudad.

—¿Cómo dice? —dijo el hombre confuso.

—Pues que para dirigir este hotel hay que vivir aquí y los que vienen de la ciudad no se amoldan. ¿Me entiende?

—No mucho.

—Ahora mismo se lo explico, pero primero la mini magdalena —le ofreció Rosa ya que acababan de llegar frente a una bandeja repleta que ella misma había colocado ahí.

Gustavo alargó la mano y tomó una, le quitó el envoltorio y se la comió de un bocado. Recordó que Antonio también se las comía así, sacudió su cabeza para echarlo de su mente. No era el momento de volverse nostálgica, Antonio no estaba allí y ella tenía que cumplir con su misión.

—Tenías razón, son deliciosas.

—Gracias, las hice yo.

—Tiene mucho talento, felicidades.

—Verá, soy pastelera, aunque trabajo en el hotel de secretaria.

—Menudo cambio.

—Sí fue muy drástico, pero necesitaba trabajar. Y aprendo rápido, soy bastante eficiente.

—¿Y no encontró trabajo de su profesión?

—Este pueblo es muy pequeño y con una pastelería hay suficiente. Eso me lleva a otro inconveniente de que alguien de ciudad viva aquí. Es un pueblo tan pequeño que para hacer grandes compras hay que ir a la ciudad más próxima y no crea que está cerca. Yo una vez fui con el anterior director y nos quedamos tirados sin gasolina, tuvimos que andar y andar, fue muy penoso, el pobre hombre hasta se desmayó. No se lo aconsejo.

Gustavo se echó a reír imaginando la escena pues conocía a Antonio muy bien. No obstante, no hizo comentarios sobre eso.

—Jamás me he quedado sin gasolina y no creo que me pase.

—Si piensa quedarse en este pueblo, puede pasarle de todo o si no, pregúntele al anterior director. Le contará atrocidades.

Gustavo casi se atraganta con la siguiente magdalena que se había metido en la boca y comenzó a toser. Antonio le había omitido mucha información.

—No se me ahogue ahora, por favor. —Dicho esto, María Rosa cogió una copa del camarero más cercano y se la ofreció.

—Ya estoy bien, gracias.

—Me alegro —le dijo ofreciéndole su mejor sonrisa que mostraba sus dientes blancos. —Lo ve, le puede pasar de todo y ni siquiera tenemos un hospital cerca.

—Tengo una pregunta que hacerte.

—Adelante, pregunte.

—No creo que el anterior director me diga nada malo de este hotel. ¿Por qué crees que haría eso?

—Tras pasar varios meses aquí, se fue sin más. Nos dejó sin dar ninguna explicación y sin decir ni adiós. ¿Qué cree que da a entender eso?

—Ya veo —comentó con cierto pesar al descubrir que Antonio se había marchado sin decir nada a esa señorita. De pronto, los ojos se le agrandaron y comprendió quién era María Rosa en realidad. Antonio le había hablado de ella.

—Así están las cosas, a usted le pasará igual así que todos los empleados nos hemos puesto de acuerdo.

—¿De acuerdo en qué? —Ahora estaba intrigado de verdad.

Gustavo no tenía ni idea de por dónde le iba a salir esa chica, pero ahora comprendía a Antonio y su locura de comprar el hotel. Iba a ser muy feliz allí y tanto él como su mujer estarían muy contentos también.

—Le compramos el hotel.

A Gustavo casi le sale el vino por la nariz, gracias a Dios pudo controlarlo. No pudo contestar otra cosa que con una sonora carcajada. Esa chica era increíble, Antonio no iba a tener tiempo de aburrirse.

—No se ría, va muy en serio.

—No lo dudo, pero me temo que no va a poder ser.

—¿Por qué no? Nosotros...

—Porque yo no te lo voy a vender —dijo una voz muy familiar a su espalda.

Rosa tuvo miedo de girarse, conocía muy bien esa voz, pero no podía ser él. Cerró los ojos, tomó aire y se dio la vuelta.

—Antonio —susurró.

—Hola, María Rosa.

22. El encuentro



Ambos se quedaron largos segundos mirándose, como si no creyesen que estaba el uno frente al otro. Antonio la miró de arriba abajo, llevaba un vestido negro, largo con caída libre que hacía que sus caderas tomaran una forma muy sensual. La parte de arriba iba adornada con una hilera de lentejuelas y una transparencia cubría su generoso escote dándole la elegancia necesaria.

Su cabello estaba recogido en una trenza de raíz que nacía en su sien y recogía su cabello, de modo informal, de derecha a izquierda. El maquillaje era suave exceptuando sus labios color rojo que lo estaban volviendo loco.

—Estás preciosa.

María Rosa empezó a ordenar las palabras clave que había escuchado de su boca y no tardó en dar con la conclusión.

—¿Tú compraste el hotel?

—Sí.

Ella miró a quien había creído el nuevo dueño y volvió la vista a Antonio, que por cierto estaba elegantísimo.

—Quiero presentarte a mi padre, Gustavo, que por lo que veo, ya lo conoces.

¿Su padre? Este era uno de esos momentos de «tierra trágame». ¿Cómo había confundido al padre de Antonio con el comprador del hotel? La respuesta era sencilla, porque no se esperaba para nada que estos dos hombres estuviesen en la inauguración. Empezó a recordar la cantidad de sandeces que le había dicho, ese hombre estaría pensando que era una completa idiota.

Una mujer alta y rubia con un cuerpo de modelo se colocó al lado de Gustavo y lo tomó del brazo. Llevaba un traje plateado de escándalo y Rosa se temió lo peor.

—Y esta —continuó Antonio— es mi madre, Vanesa.

—En... en... encantada, señora —tartamudeó por los nervios que la devoraban. Sus temores se hicieron realidad.

Rosa no podía creer que estuviese frente a los padres de Antonio. Ni en un millón de años se le habría ocurrido que él había comprado el hotel y mucho menos que conocería a su familia. Había hecho un ridículo monumental.

—¡No, por favor! Nada de señora, soy Vanesa y me alegra mucho conocerte al fin, María Rosa.

¿Conocerla al fin? ¿Qué significaba eso? ¿Antonio le había hablado de ella a sus padres? Qué sentido tenía, si no había contestado a sus llamadas, si no sabía de él desde hacía varias semanas. Antonio lo había planeado todo pero ¿con qué propósito?

Una pareja, algo mayor que los padres de Antonio, se acercó a ellos. María Rosa los miró con cierta incomodidad pues no sabía cómo comportarse, esta situación no la había previsto en sus planes y toda esa confianza, que la caracterizaba y que había mantenido desde hacía días, se había evaporado en un instante.

—Este es el Sr. Matías, mi antiguo jefe, bueno, nuestro antiguo jefe y su esposa, Lorena.

—Así que esta es tu famosa secretaria —comentó a Antonio, después se dirigió a ella—, encantado.

—Lo mismo digo.

Los ojos de María Rosa comenzaron a brillar, maldita sea, se iba a poner a llorar. Si se daban cuenta se sentiría más estúpida de lo que ya se sentía. Sin poder articular una palabra más, dio media vuelta y salió casi corriendo del salón. No dejaría que esas personas la viesan así.

—Antonio, que no se te escape esa chica —le aconsejó su padre.

—Supongo que no esperaba todo esto, disculpadme —dijo a los presentes y se marchó tras ella.

—Has estado mucho rato hablando con María Rosa, ¿cómo es? —preguntó Vanesa a su esposo.

—Es muy determinada y dulce, perfecta para nuestro hijo.

La mujer asintió y confió en la opinión de su marido, no obstante, ya tendrían tiempo de conocerla mejor.

Antonio encontró a María Rosa fuera del hotel, a pocos pasos de la puerta principal. Tenía la espalda apoyada en un árbol y se tapaba la cara con las manos. Se acercó a ella, despacio, no quería asustarla, ya tenía suficiente con la impresión que debía de haber sufrido hacía unos minutos. Tal vez se había equivocado al aparecer de esta forma, sin avisar.

—María Rosa —la llamó.

Ella apartó las manos que tapaban sus ojos y las lágrimas corrieron por sus mejillas.

—¿Cómo? ¿Por qué? —quiso saber Rosa.

No entendía nada, según había creído, Antonio se marchó para siempre después de aquella discusión. A pesar de que pensaba en él cada día, había empezado a hacerse a la idea de que no volvería por ella. Sin embargo, aquí estaba y no entendía qué esperaba de ella ahora. Toda esta situación le parecía un sinsentido y no lograba ordenar sus sentimientos. ¿Por qué no le había dicho nada? ¿Por qué guardar silencio hasta hoy? ¿Por qué torturarla de esa manera?

—Intenté hablar contigo antes de irme, pero no me diste la oportunidad.

—¿Es esto una venganza, entonces?

—¡No! ¿Cómo se te ocurre? —Se acercó aún más a ella hasta que solo unos centímetros los separaban—. Yo quería que fuera una sorpresa.

—Una sorpresa... ¿para quién?

—Pues para ti ¿para quién si no?

—Llevas sin hablarme semanas. —Dicho esto se lanzó contra él y le pegó en el pecho con sus puños mientras le gritaba—: ¿Por qué me dejaste? ¿Por qué?

Antonio la tomó por los hombros y la separó de él. Las lágrimas de María Rosa empapaban toda su cara y se le partió el corazón. Había sido un idiota, el creyó que Rosa estaría tan enfadada con él que no lo lloraría y por eso pensó en sorprenderla de esta forma, sin embargo, se había equivocado.

—Lo siento mucho, no pensé que lo estuvieras pasando tan mal. —Sacó un pañuelo de algodón del bolsillo de su chaqueta y comenzó a secarle la cara—. No confiaste en mí y yo solo quería demostrarte que sí lo puedes hacer. Que soy un hombre en el que te puedes apoyar, un hombre que cumple sus promesas.

—Antonio...

—Vendí mi piso de Madrid y compraré una casita en el pueblo.

Rosa levantó la mirada para clavarla en sus ojos pardos que brillaban más que nunca.

—¿Vas a quedarte para siempre?

—Sí me aceptas, sí.

—Te quiero, Antonio.

Tras la declaración, Antonio la cogió por la cintura y la pegó a su cuerpo para besarla como hacía semanas que deseaba. Estar separada de ella había sido un infierno, solo el hecho de saber que volvería a verla, lo mantenía en pie.

—¿Mi suite sigue disponible?

—Sí —dijo riendo sabiendo lo que quería, cosa que ella también ansiaba.

Antonio la cogió de la mano y tiró de ella al interior del hotel. Le pidieron la llave a Luis, que sonreía como un tonto, y ya se dirigían al ascensor cuando se tropezaron a Gustavo.

—¿Dónde estabais? ¿Ya está todo en orden?

—Ya te contaré, papá. Ahora no tenemos tiempo. —Y sin dejarle responder, la puerta del ascensor se abrió y entraron rápidamente.

Antonio se abalanzó sobre ella y la empujó contra la pared del ascensor, la besó con pasión mientras sus manos fueron hasta los generosos pechos de María Rosa, los amasó y los amoldó a sus manos. Los labios de él bajaron por su cuello haciéndola jadear y derretirse entre sus brazos.

Las puertas se abrieron y Antonio la cogió en brazos y la llevó hasta la habitación, María Rosa abrió y él la condujo directamente a la cama.

Ambos se sacaron la ropa con prisas, desesperados por tener la piel del uno en contacto con la del otro. Necesitaban ese calor, ese fuego que solo ellos podían encender.

Las manos de Antonio volaron por su cuerpo hasta llegar a su zona íntima donde la acarició y masajeó hasta hacerla gritar de placer. La mano de María Rosa fue directa hacia su erección, la tomó y la movió con suavidad para darle lo mismo que ella recibía.

Pero llevaban demasiado tiempo sin estar juntos y ninguno de los dos aguantaría aquella dulce tortura mucho más, así que Antonio se alejó de ella, se colocó el preservativo y volvió a colocarse sobre su amada.

Ambos desahogaron su pasión y el ansia de estar uno junto al otro. No tardaron en llegar a la deseada cúspide del placer para después caer rendidos, casi sin aliento, sobre el colchón.

Minutos después, Antonio se incorporó y tomó a María Rosa del hombro para atraerla hacia él. Ella apoyó la cabeza en su pecho y con la mano le acariciaba el escaso bello que lo cubría.

—Nunca más me dejes —le rogó ella.

—Ni tú a mí.

—¿Nos hacemos esta promesa?

—Sí. Cuando haya problemas, los hablaremos y resolveremos.

—Me parece perfecto.

—Estaba pensando... —comenzó a decir él—, ¿le estabas proponiendo a mi padre comprarle el hotel?

—Ni me hables de eso, no imaginas el jaleo que he llevado estos días.

—Cuéntamelo, por favor. —Antonio quería oír la anecdótica historia, cómo las había echado de menos.

—Pues, reuní a todo el personal para ofrecerles comprar el hotel juntos, hasta fuimos a la ciudad a hablar con un abogado ¿te lo puedes creer?

—De ti, sí. —Y empezó a reír sin parar mientras la imaginaba.

—Cuando vi a tu padre me pareció que daba el perfil de dueño del hotel y allá que me lancé a

ofrecerle mis mini magdalenas.

—Eres increíble. —Y siguió riendo.

—Contigo me funcionó.

Antonio calló de repente y entonces fue ella la que rio a carcajadas.

—Ahora te vas a enterar.

Se giró y se colocó sobre ella para hacerle cosquillas sin parar. Ella se retorció mientras gritaba y él disfrutaba teniéndola a su lado. Nunca había sido tan feliz, definitivamente Los Ríos cambiaba a la gente, hasta había dejado de fumar.

Hola querida lectora o lector, por si te apetece saborear la repostería de María Rosa, aquí te dejo las recetas de los dulces que hace durante el transcurso de la novela.

Dado que yo no soy nada buena en estos quehaceres, quiero dar las gracias a mi amiga Paqui, pues ella me enseñó el modo de hacer estas recetas.

Mini magdalenas

Ingredientes:

2 huevos

120ml de leche

130g de azúcar

170g de harina

80ml de aceite de girasol

Ralladura de limón

1 paquete de levadura Royal

Elaboración:

Batir los huevos con el azúcar hasta punto hebra (hasta que parezca una natilla espesa) se añade el aceite y se bate de nuevo, después la leche y ralladura de limón, se vuelve a batir. Se mezcla la harina y la levadura y se tamiza.

Después, se deja reposar 2 horas en el frigorífico.

Se pone la canastilla (según su tamaño, será más grande o más pequeña la magdalena) y se le pone una cucharada de masa después una cucharada de Nocilla o Nutella, lo que se quiera y se termina de rellenar la canastilla hasta la mitad. En acabar, las metemos en el horno a 300° durante 15 minutos.

Si las queremos con virutas de chocolate, se las ponemos por encima.

Bombones

Ingredientes:

Chocolate al gusto, puede ser blanco, negro, con leche o como quieras.

Dulce de leche

Elaboración:

Fundimos el chocolate al baño María y lo colocamos sobre los moldes. Después se vacían y dejamos chocolate pegado a las paredes para introducirlo en la nevera.

Una vez se haya endurecido, le echamos un poco de dulce de leche, luego cubrimos con chocolate y lo colocamos en la nevera de nuevo hasta que esté completamente duro.

Rosas dulces con miel

Ingredientes:

2 docenas de huevos

1 cucharada de harina por cada huevo

8 cascarones de huevos de aceite
Miel
Y dos chupitos de aguardiente seco

Elaboración:

Mezclamos bien todos los ingredientes, excepto la miel que la dejamos para el final, y formamos una masa.

Usaremos un molde con mango especial de repostería de rosas. Echamos en una sartén el suficiente aceite como para que cubra el molde. La colocamos al fuego con el molde dentro. Cuando esté humeante, sacamos el molde y lo introducimos en la masa, lo sacamos rápido y lo volvemos a colocar en la sartén sin tocar el fondo. Si el aceite está lo suficientemente caliente, se deben de saltar solas.

Así vamos friendo todas las rosas, después, tras dejarlas enfriar, las metemos con miel rebajada con un poquito de agua.

Pasta de piñones

Ingredientes:

1kg de harina
1 tarrina de margarina sin sal pequeña
1 tarrina de manteca de cerdo
2 huevos
400g de azúcar
Azúcar vainillada al gusto

Elaboración:

Mezclamos todos los ingredientes menos la harina que lo hacemos poco a poco.

Se hacen bolas y se aplastan se ponen piñones o almendras encima y se pintan con huevo batido

Horno 180° hasta que estén un poco doradas

Se dejan enfriar y son un manjar (palabras de Paqui).

Agradecimientos

Quiero dar las gracias en primer lugar a mi marido por su apoyo incondicional.

A mi madre, mi hermana y mi sobrina María que creen en mí.

A Rosa por ser la primera que me lee, me corrige y me ayuda. En esta ocasión he querido ponerle a la protagonista su nombre.

A Encarna por su apoyo y estar siempre pendiente de mis cosas.

A Paqui que me pasó algunas de sus deliciosas recetas para este libro.

Nunca me olvido de mis chicas de Corazón Salvaje que me apoyan siempre con sus palabras y tampoco de mis compañeros de Escritores en su tinta, especialmente a los que nos juntamos cada martes.